

**LOS LÍMITES ENTRE PERÍFRASIS VERBALES**  
**Y**  
**UNIDADES FRASEOLÓGICAS VERBALES**

---

TESIS DOCTORAL PARA OPTAR AL TÍTULO DE  
DOCTOR EN **FILOLOGÍA ESPAÑOLA**  
ESTHER BLASCO MATEO  
DIRECTORA: DRA. EMMA MARTINELL GIFRE

---

DIVISIÓ I DE CIÈNCIES HUMANES I SOCIALS  
UNIVERSITAT DE BARCELONA

DEPARTAMENTO DE FILOLOGÍA ESPAÑOLA  
PROGRAMA DE DOCTORADO *NIVELES LÉXICO Y SINTÁCTICO DEL ESPAÑOL*  
BIENIO 1994-1996

-1999-



b. *El piloto volvió a nacer tras el grave accidente aéreo.* (unidad fraseológica)

(9) a. *¡Mira esos nubarrones! Parece que va a llover.* (perífrasis)

b. *La pelota fue a parar a un tejado vecino.* (unidad fraseológica)

Tomemos el ejemplo de (8). Partiendo del hecho de que en (8a) *volvió a repetir* ofrece la idea de iteración y en (8b) *volvió a nacer* tiene un valor continuativo -naciones muy próximas entre sí-, *repetir* conserva su significado normal, pero *nacer* indica un significado traslaticio, distinto del literal. *Nacer* ha sufrido un desplazamiento semántico:

*volver a nacer* = ‘volver a salir del vientre materno’ (sentido literal, pero inaceptable)

*volver a nacer* = ‘salir indemne de un gran peligro’ (sentido traslaticio compatible con el contexto).

¿Qué tienen en común *nacer* y *salir indemne* que permita ese desplazamiento semántico? Si interpretamos *nacer* como ‘empezar a vivir’ y *salir indemne* como ‘continuar viviendo’, vemos que la noción que comparten ambos es ‘vivir’.

El término *nacer* designa directamente ‘vivir’ por medio de aquellos de sus elementos de significación que no son incompatibles con el contexto. La incompatibilidad semántica juega el papel de una señal que invita al destinatario a seleccionar entre los elementos de significación constitutivos del lexema a aquellos que no son incompatibles con el contexto. En este punto de la explicación, debemos pararnos a reflexionar para descubrir que todo este fenómeno guarda una estrecha relación con un proceso metafórico. Como opina Martinell (1976):

“(...) los usos metafóricos del verbo se dan necesariamente en el plano sintagmático; los verbos no son metafóricos fuera de la cadena. Los significados del elemento verbal son contextuales, y contextuales sus usos metafóricos.”(Martinell, 1976: 384).

Desde un punto de vista sincrónico, ciertas unidades fraseológicas son perífrasis de sentido traslaticio. Desde un punto de vista diacrónico, es posible afirmar que una unidad fraseológica es el resultado de un proceso figurativo

(metafórico, metonímico, etc.) lexicalizado<sup>126</sup>. Podemos estimar de un modo intuitivo que hay lexicalización a partir del momento en que la sustitución de uno de los elementos de la expresión por un sinónimo produce una impresión de sorpresa o extrañeza.

#### 2.2.2.2.4. Valores semánticos de las perífrasis

En el nivel semántico, como resultado de los cambios que se producen debido a los procesos de gramaticalización, las construcciones perifrásticas expresan diversos significados gramaticales que abarcan nociones como las de tiempo, modo, aspecto, etc.

Al abordar la semántica de las perífrasis verbales en general y la de las perífrasis de infinitivo en concreto, hemos de tener en cuenta las posibles interferencias entre las distintas categorías verbales. Existe la tendencia a afirmar que las perífrasis pueden expresar tres categorías verbales (tiempo, modo y aspecto) y dentro de cada categoría un valor temporal, modal o aspectual muy preciso, siguiendo el criterio de la frecuencia de uso. Ahora bien, si ya resulta difícil estudiar los valores de las formas conjugadas debido a la existencia de diversos usos, no siempre rectos, debido a la discusión sobre el valor aspectual de algunas formas, etc., en un intento de sistematización de las perífrasis verbales la complejidad semántica es todavía mayor. Sin caer en la casuística, hemos de considerar las siguientes cuestiones previas:

a) algunas construcciones perifrásticas son polisémicas

b) *el valor de una construcción puede quedar determinado con más precisión por el contexto explícito o implícito*

c) algún valor puede establecerse sólo en determinados tiempos y neutralizarse en otros

---

126. Los procesos de lexicalización serán tratados con más detenimiento en el apartado 3.4.2. y la influencia de la metáfora y la metonimia en la motivación del significado será estudiada en el apartado 3.4.3.

d) no existe, en muchas ocasiones, consenso entre los autores a la hora de decidir si un determinado valor ha de ser calificado de temporal, modal, aspectual, etc.

En cuanto a las dos primeras cuestiones apuntadas, hemos de realizar una distinción entre la variación semántica dependiente del contexto y la variación semántica no dependiente exclusivamente del contexto, es decir, la verdadera polisemia. En este sentido, sólo son verdaderamente polisémicas las construcciones “*ir a + infinitivo*” y “*dejar de + infinitivo*”. Veamos unos ejemplos, en primer lugar, de “*ir a + infinitivo*”:

- (10) a. *Yo no voy a decir nada.*  
b. *Él ya sabía que el vuelo iba a salir con retraso.*  
c. *Vamos a llegar hasta el final del asunto.*  
d. *¿Cómo voy a saber si habré terminado toda la tarea para las siete?*

En (10a) la perífrasis expresa tiempo futuro, mientras que en (10b) expresa aspecto prospectivo, es decir, existe alguna indicación en el tiempo correspondiente al momento de la enunciación que motiva que el retraso del vuelo pueda ser predicho. En (10c) la perífrasis aporta el significado de ilocución imperativa exhortativa, ya que la primera persona del plural sirve para solicitar al interlocutor que realice una acción junto con el hablante. En (10d) la presuposición del interlocutor es que el hablante sabe si terminará su tarea a tiempo; esta presuposición es rechazada por el hablante como falsa mediante una interrogación retórica. En este caso, “*ir a + infinitivo*” expresa modalidad epistémica orientada hacia la proposición porque indica la valoración subjetiva del hablante, desde sus creencias personales, de la proposición que presenta.

En segundo lugar, observemos los siguientes ejemplos de “*dejar de + infinitivo*”:

- (11) a. *La leña había dejado de arder.*  
b. *No deja de pensar en el accidente.*

En (11a) la perífrasis expresa aspecto en su fase egresiva, es decir, el término o la interrupción del desarrollo de una acción antes de alcanzar su fin naturalmente esperado. Sin embargo, en (11b) la perífrasis se usa para expresar una afirmación enfática. Con este matiz, la perífrasis siempre va acompañada de algún elemento de carácter negativo; de ahí que indique polaridad negativa.

De forma esquemática presentamos a continuación los valores de las perífrasis de infinitivo con enlace existentes en la lengua española, atendiendo a su valor más gramaticalizado, lo que no implica que no existan otros usos que, en determinados contextos, sean predominantes:

#### 1. ASPECTO INTERNO<sup>127</sup>

Fase ingresiva: “*comenzar/empezar a + infinitivo*”, “*ponerse a + infinitivo*”, “*meterse a + infinitivo*” y “*pasar a + infinitivo*”.

Fase egresiva: “*cesar de + infinitivo*” y “*dejar de + infinitivo*”.

Aspecto calificativo en grado perfectivo: “*acabar/terminar de + infinitivo*”.

#### 2. ASPECTO EXTERNO<sup>128</sup>

Fase prospectiva: “*ir a + infinitivo*”.

Fase perfectiva de un pasado reciente: “*acabar de + infinitivo*”.

Aspecto cuantificativo iterativo: “*volver a + infinitivo*”.

#### 3. MODALIDAD ORIENTADA HACIA EL EMISOR

Volición desiderativa: “*estar por + infinitivo*”.

Obligatoriedad absoluta: “*tener que + infinitivo*”.

---

127. El aspecto interno es una subcategoría gramatical del verbo por la cual este expresa el carácter de la acción considerada en su constitución temporal.

128. El aspecto externo es una subcategoría gramatical del verbo por la cual este expresa el carácter de la acción considerada en toda su extensión.

#### 4. MODALIDAD ORIENTADA HACIA EL ACONTECIMIENTO

Obligatoriedad absoluta: “*tener que + infinitivo*”.

Irrealidad: “*llegar a + infinitivo*” (en oraciones condicionales).

#### 5. MODALIDAD ORIENTADA HACIA LA PROPOSICIÓN

Epistémica: “*tener que + infinitivo*” y “*ir a + infinitivo*” (en preguntas retóricas).

Inferida: “*deber de + infinitivo*”.

#### 6. EVALUACIÓN REAL

Culminativa: “*llegar a + infinitivo*”.

Conclusiva: “*acabar/terminar por + infinitivo*”.

#### 7. POLARIDAD

Negativa: “*dejar de + infinitivo*”.

#### 8. ELOCUCIÓN

Imperativa exhortativa: “*ir a + infinitivo*”(en primera persona del plural del presente).

Mitigadora: “*venir a + infinitivo*”.

#### 9. TIEMPO

Futuro: “*ir a + infinitivo*”.

### 3. LA GRADACIÓN

En este capítulo<sup>1</sup> es nuestra intención no sólo dar por sentado que las perífrasis verbales son el resultado de un proceso lingüístico gradual, la gramaticalización; sino también demostrar que las unidades fraseológicas verbales aquí estudiadas son el resultado de otro fenómeno lingüístico gradual, la lexicalización. En consecuencia, en primer lugar, realizaremos una aproximación al concepto de gradación, al considerar sus precedentes y su aplicación tanto a los límites entre disciplinas lingüísticas como a las fronteras entre categorías lingüísticas. En segundo lugar, estudiaremos la estrecha vinculación entre la gramaticalización y las perífrasis verbales, por un lado y, por otro, entre la lexicalización y las unidades fraseológicas. Por último, indagaremos qué papel desempeñan la metáfora y la metonimia en estos procesos graduales y en las estructuras resultantes.

#### 3.1. Los límites entre disciplinas lingüísticas y entre categorías lingüísticas

##### 3.1.1. Los límites entre disciplinas lingüísticas

El ser humano y, en consecuencia, el investigador, es capaz de observar con detalle sólo lo que estudia con atención y detenimiento, y esto implica la limitación del objeto de estudio. La parcelación de la gramática en diversas disciplinas lingüísticas es el resultado del intento de superación ante la dificultad que supone abarcar la lengua y su naturaleza en toda su complejidad. Una vez finalizada la investigación, el lingüista debería sentirse obligado a recomponer lo

---

1. Parte de los presupuestos teóricos que se exponen en este capítulo han constituido asunto primordial de algunas de las comunicaciones que hemos presentado en simposios; en concreto, nos referimos a BLASCO MATEO, Esther (1996), "A medio camino entre la léxico-semántica y la morfosintaxis", *XXVI Simposio de la Sociedad Española de Lingüística* (Madrid, 16-20 de diciembre de 1996) y BLASCO MATEO, Esther (1997), "Un precedente de la gradación cognitiva", *XXVII Simposio de la Sociedad Española de Lingüística* (Palma de Mallorca, 15-19 de diciembre de 1997).

fragmentado para devolverle su unidad y situación originarias, pero ello no siempre sucede: en ocasiones, los estudiosos, al prescindir de una visión de conjunto, impiden que los problemas se planteen correctamente, es decir, se comportan como aquel que, absorto en el examen de una hoja, pierde de vista el bosque en que esta ha crecido y vive. La interdisciplinariedad en el ámbito de la lingüística trata de paliar la parcelación desmesurada debida, en parte, a las capacidades limitadas del entendimiento humano y, en parte, a los prejuicios culturales.

A continuación, detengamos nuestra atención en los objetivos de algunas disciplinas lingüísticas para poder apreciar cuáles son las limitaciones y cuáles son los solapamientos a que nos conduce la aplicación de sus conceptos.

La lexicología se ocupa del análisis exhaustivo de las *lexías*<sup>2</sup>, unidades lingüísticas comprendidas entre el nivel de los fonemas/grafemas y el de los sintagmas; estudia la estructura del vocabulario de la lengua, su composición, variedad, origen, los cambios históricos que lo han afectado y la adaptación de ese vocabulario a las condiciones sociales de la comunidad lingüística respectiva. A su vez, la semántica estudia los signos lingüísticos de cualquier rango desde la perspectiva del contenido. Ambas disciplinas suponen dos perspectivas diferentes, pero entre ambas existe un área común: la semántica léxica o la lexicología semántica.

La morfología, por su parte, se ocupa de la estructura interna de las palabras, de la relación formal existente entre determinadas palabras y de los principios que rigen la formación de nuevas palabras. En lo concerniente a la sintaxis, esta estudia las combinaciones y agrupaciones de las palabras entre sí para formar oraciones. La interferencia principal de la morfología con la sintaxis tiene lugar en relación con la unidad "palabra". En efecto, la palabra, además de ser una entidad morfológica, es una unidad de la sintaxis, en cuanto que representa una categoría léxica (N, V, A...) que es la base de expansiones sintácticas ulteriores (SN, SV, SA...). Asimismo, la morfosintaxis fue ideada por determinadas corrientes de la lingüística estructural para englobar el estudio de las unidades lingüísticas, atendiendo a la forma y a la función conjuntamente. También la gramática generativa ha hecho hincapié en la relación entre morfología y sintaxis al atender, por ejemplo, a las repercusiones en

---

2. En la terminología acuñada por Pottier, la *lexía* es la unidad léxica memorizada como tal.



la articulación sintáctica que se producen a causa de la sustitución de una pieza léxica por otra que está relacionada formalmente con aquella. En suma, tal y como indica Blecua (1982):

“(...) el establecimiento de niveles [en la gramática] no es más que una ficción metodológica a la que recurre el lingüista para realizar científicamente la descripción de una lengua” (Blecua, 1982: 14).

Por eso no debe extrañar que algunos fenómenos aparezcan a caballo entre dos o más componentes de la gramática o que las fronteras entre los distintos niveles resulten en ocasiones borrosas. La gramática es un sistema fuertemente integrado, en el que no es posible desvincular por completo sus partes.

### 3.1.2. Los límites entre categorías lingüísticas

Las categorías gramaticales son conceptos morfosintácticos y, por tanto, han de ser definidas desde el punto de vista morfológico (básicamente respecto a su variabilidad o invariabilidad) y desde el punto de vista sintáctico (en relación a su nuclearidad o complementariedad, a la rección...). Una vez así caracterizadas, se podrán añadir consideraciones de carácter semántico, pragmático, fonético, etc.

Teniendo en cuenta el criterio de la capacidad referencial, en el seno de las categorías gramaticales se suele distinguir entre categorías superiores y categorías inferiores, las cuales, a su vez, son susceptibles de posteriores subclasificaciones. El siguiente esquema puede ser ilustrativo al respecto:

#### 1. Categorías gramaticales superiores

1.1. Categorías oracionales: oraciones y cláusulas

1.2. Categorías sintagmáticas: SN, SA, SV, SAdv y SP

1.3. Categorías léxicas

1.3.1. Categorías básicas: sustantivos, adjetivos, verbos y  
adverbios<sup>3</sup>

---

3. La consideración del adverbio como categoría gramatical superior no está exenta de problemas, debido a que constituye una categoría muy heterogénea de elementos. Podría ser concebido como una categoría intermedia, a medio camino entre las categorías superiores y las inferiores.

### 1.3.2. Categorías secundarias: determinantes, pronombres, preposiciones y conjunciones

#### 2. Categorías gramaticales inferiores: verbos auxiliares, semiauxiliares y modales, y morfemas

Diversos autores, partidarios en su mayoría de la lingüística cognitiva, tienen en cuenta las siguientes premisas en cuanto a la categorización:

a) los límites entre una categoría y otra son difusos o borrosos, es decir, las categorías no son entidades discretas;

b) existen categorías que no pueden ser definidas por medio de condiciones necesarias y suficientes<sup>4</sup>, sino que han de ser definidas a partir de haces de rasgos y relaciones de semejanza o parecido;

c) existen categorías con miembros más representativos (más centrales o prototípicos) que otras; o en otras palabras, no todos los miembros que integran una categoría tienen un *status* igual o similar. Las categorías no constituyen un todo homogéneo.

Estas tres premisas son el reflejo de las dificultades que, en ocasiones, existen para asignar una determinada palabra a una categoría o a otra, tanto si se trata de las categorías superiores como si se trata de categorías inferiores. Así, por ejemplo, en las categorías básicas la clasificación de ciertos términos como sustantivos o adjetivos depende más de su frecuencia de uso y del orden relativo que de una diferencia real (*un francés sabio/un sabio francés*). De forma similar, los infinitivos, los gerundios y los participios se encuentran próximos a los sustantivos, los adverbios y los participios, respectivamente. En el ámbito de las categorías secundarias, los puntos de contacto entre las preposiciones, las conjunciones y los adverbios son tan numerosos que resulta difícil adscribir un término a una categoría (cf. Bosque, 1990; Cuenca, 1996).

---

4. Las condiciones necesarias y suficientes son, desde el punto de vista de la categorización clásica, las propiedades comunes que comparten todos los miembros de una categoría y se oponen a las propiedades de otras categorías.

Una vez realizada esta breve introducción sobre dos de los ámbitos en los que actúa la gradación<sup>5</sup>, las disciplinas lingüísticas y las categorías lingüísticas, el propósito de los dos apartados que aparecen a continuación es establecer un precedente de la gradación cognitiva —la distinción *centro/periferia*, formulada por el Círculo Lingüístico de Praga—, que los partidarios de la semántica de prototipos parecen haber pasado por alto a la hora de exponer una de las proposiciones que sirvieron de fundamento a la teoría prototípica: el presupuesto de que las categorías no tienen límites claros ni precisos. Para ello, en primer lugar, pasaremos revista brevemente a la teoría de prototipos, como teoría de la categorización dentro del marco de la lingüística cognitiva. Y, en segundo lugar, analizaremos los términos en que es considerada la distinción *centro/periferia*. Todo ello con la finalidad de poner de manifiesto los elementos comunes a ambas concepciones.

### 3.2. La gradación desde un punto de vista cognitivo

La lingüística cognitiva que, en líneas generales, propone el estudio del lenguaje teniendo en cuenta el conocimiento y la percepción humanas, surgió como modelo teórico en los Estados Unidos a finales de la década de los años setenta por dos motivos. Por un lado, como un intento de superación de la lingüística generativista, en concreto, de la semántica generativa. Tanto es así que algunos lingüistas, como Lakoff o Langacker, generativistas en sus inicios, han sido los precursores de esta nueva línea de investigación. Por otro lado, la lingüística cognitiva se inspiró en la investigación psicolingüística, llevada a cabo

---

5. Para el estudio de la concepción “fluida” en lingüística, tanto desde un punto de vista histórico como desde un punto de vista metodológico, puede consultarse Moure (1996).

por Rosch<sup>6</sup> y sus colaboradores, basada en el establecimiento de prototipos como principio de categorización<sup>7</sup>.

*La lingüística cognitiva es una aproximación al análisis del lenguaje natural*<sup>8</sup> que centra su atención en la lengua como instrumento para organizar, procesar y transmitir información. La lingüística cognitiva lo es desde una doble perspectiva. En primer lugar, en el sentido de que asume que la interacción de los seres humanos con el mundo está mediatizada a través de las estructuras mentales y, en segundo lugar, en el sentido de que “forma parte del marco más amplio de la *ciencia cognitiva* y como tal se compromete a integrar dentro de su teoría los resultados de otros campos que investigan el funcionamiento de la mente humana” (Hilferty, 1993: 30). En los últimos años diferentes autores han estudiado diversos aspectos lingüísticos desde un enfoque cognitivo: Hudson, Geeraerts, Givón, Jackendoff, Lakoff, Langacker y Wierzbicka, entre otros. Sin embargo, se ha de tener en cuenta que el enfoque cognitivo en lingüística es mucho más reciente que el enfoque cognitivo en otras disciplinas<sup>9</sup>.

El fundamento de la lingüística cognitiva es la primacía que se otorga a la semántica en el análisis lingüístico. Si la principal función del lenguaje es la categorización<sup>10</sup>, entonces el significado debe ser el fenómeno lingüístico básico (cf. Geeraerts, 1995a).

---

6. Véase, por ejemplo, Rosch (1978) y Mervis—Rosch (1981).

7. La categorización es una operación mental que consiste en hallar la similitud dentro de la diversidad, es decir, consiste en percibir una entidad como perteneciente a una categoría o clase.

8. En oposición a lengua o lenguaje artificial, se considera lengua natural aquella espontáneamente formada y transmitida a lo largo de las generaciones entre seres humanos.

9. En realidad, los expertos cognitivistas consideran el año 1956 como el del nacimiento de la ciencia cognitiva, aunque su puesta en escena no se produjo hasta finales de la década de los años setenta. En 1956 se organizó la primera conferencia sobre ciencia cognitiva en la Universidad de California (San Diego), pero también se celebraron conferencias sobre Inteligencia Artificial, Procesos de Pensamiento, Cibernética y Teoría de la Información... Además ese mismo año fue trascendental porque señaló el surgimiento de un nuevo enfoque en la comprensión de la mente humana, de un nuevo paradigma científico —denominado paradigma del procesamiento de la información—, a raíz de la incesante actividad investigadora, llevada a cabo en los Estados Unidos, que quedó plasmada en varias publicaciones, tanto periódicas como monográficas.

10. Hemos de tener en cuenta que, por encima de todo, la lingüística cognitiva considera la lengua un sistema de categorías.

Para la semántica cognitiva, la categorización es una habilidad de tipo cognitivo que consiste en percibir la similitud existente dentro de la diversidad. Es decir, los entes que son similares entre sí se agrupan en una misma categoría, diferenciándose así de los entes miembros de otras categorías. En virtud del conocimiento que posee el hablante de los conceptos, esto es, del conocimiento de los significados de las palabras, es posible establecer categorías.

El modelo de categorización clásico se debe a la lógica analítica. Los fundamentos que presenta este enfoque son los siguientes:

a) las categorías son definidas en términos de una conjunción de condiciones necesarias y suficientes

b) los rasgos son binarios: ausencia/presencia de un rasgo

c) las categorías tienen límites claros: no hay casos ambiguos ni dudosos

d) todos los miembros de una categoría tienen un *status* igual: no hay grados de pertenencia a una categoría, esto es, no hay entidades que sean miembros más representativos que otros de una categoría.

En consecuencia, la definición de las distintas categorías lingüísticas en términos de sus respectivos valores descansa en el principio básico de la discreción de las unidades consideradas. Toda categoría lingüística constituiría una clase cuyos límites estarían perfectamente acotados en relación con los de otras categorías diferentes, y la adscripción de un individuo a una clase habría de ser positiva o negativa, mas en modo alguno una cuestión de grado. Sin embargo, este principio será puesto en tela de juicio por la teoría de prototipos con la finalidad de proporcionar una explicación más pertinente de los fenómenos lingüísticos.

La lingüística cognitiva<sup>11</sup> parte de la idea de que la semántica léxica no puede describirse a partir de condiciones necesarias y suficientes, fundamentalmente porque se ha demostrado que estas no son propiedades necesarias, es decir, que no todos los miembros adscritos a una categoría las cumplen. Concretamente, a partir de las investigaciones realizadas en los primeros años de la década de los setenta por la psicóloga Rosch y sus colaboradores, las cuales confirman y elaboran los resultados obtenidos por los antropólogos Berlin—Kay (1969)<sup>12</sup>, queda establecida la focalidad de las categorías de color, es decir, queda establecida la existencia de una serie de colores que destacan del resto debido a que muy diversas lenguas poseen los términos que los designan, son nombrados con mayor rapidez, se reconocen con mayor prontitud y precisión, por lo que son recordados mejor y los términos que los designan son aprendidos por los hablantes a una edad más temprana.

Los términos de color<sup>13</sup> se caracterizan, en primer lugar, por tener un centro y una periferia. Esto significa que los miembros de una categoría no tienen el mismo *status*, ya que algunos destacan del resto. En segundo lugar, se caracterizan por no formar un sistema, en el sentido saussuriano: el valor de un término no viene determinado por la relación contraída con el resto de términos.

El rechazo de las condiciones necesarias y suficientes que propone la lingüística cognitiva necesita una nueva explicación de la categorización: no se sitúa un objeto en cierta categoría comparando si posee los rasgos definidores de la categoría, sino que es cotejado con el prototipo de esa categoría. He aquí la teoría

---

11. Aunque para algunos cognitivistas como Lakoff la categorización prototípica elaborada por Rosch y su equipo de investigación supone una auténtica revolución, lo cierto es que la propuesta cognitiva contemporánea presenta similitudes metodológicas con la tradición histórico-filológica preestructuralista (cf. Geeraerts, 1988a), y la visión del conocimiento humano implicada por la teoría prototípica se ha relacionado con las concepciones kantianas y fenomenológicas de la epistemología filosófica (cf. Cifuentes, 1994: 158-163). En cualquier planteamiento revolucionario se pueden hallar precedentes y la semántica prototípica no es una excepción.

12. En su obra *Basic Color Terms: their Universality and Evolution*, Berkeley, University of California Press.

13. Aparte del espectro de colores, existen otras áreas de la experiencia que constituyen un *continuum* fluido: el peso, la altura, la temperatura, la velocidad... e incluso distintas emociones como el amor o la ira.

de los prototipos, que es una teoría de la categorización y, en este sentido, es una teoría de la semántica léxica.

La lingüística cognitiva presenta una doble concepción de la categorización: por un lado, la estructuración interna de las categorías —conocida como *dimensión horizontal*—; y por otro lado, la organización intercategorial —denominada *dimensión vertical*—. Como es sabido, la organización interna o dimensión horizontal de las categorías ha supuesto dos concepciones muy distintas de la noción de prototipo, ya que la primera versión realizada fue objeto de críticas<sup>14</sup> y acabó siendo abandonada, en favor de una segunda versión, por sus propios creadores y difusores, Rosch y su equipo de investigación.

Por lo que respecta a la concepción de la gradación desde un punto de vista cognitivo, en la primera versión de la semántica de prototipos, la gradación constituye una de las proposiciones que servían de fundamento a dicha teoría: las fronteras entre las categorías son imprecisas, es decir, no se puede asegurar con precisión dónde se efectúa el paso de una categoría a otra. La semántica de prototipos elimina las barreras categoriales demasiado estrictas; no existe una línea de demarcación nítida: el paso de una categoría a otra se realiza de forma progresiva. De esta modo, las categorías prototípicas presentan una extraordinaria flexibilidad y se pueden acomodar con gran facilidad a los nuevos datos. Esta ventaja no la poseía el modelo de categorización basado en la lógica analítica. En efecto, las categorías prototípicas con sus miembros centrales se aproximan, al compartir un amplio número de atributos, al ideal de la categoría clásica; y, al mismo tiempo, permiten la pertenencia a la categoría de las entidades que comparten pocos atributos con los miembros centrales, adaptándose así a un entorno siempre cambiante (cf. Taylor, 1989).

Hasta ahora hemos tenido en cuenta la gradación que tiene lugar entre categorías distintas, debido a que los límites entre las categorías son difusos. En consecuencia, puede establecerse un *continuum* intercategorial. A continuación, prestaremos atención a otro tipo de gradación, la intracategorial. En la primera versión de la semántica de prototipos, los miembros de una misma categoría se

---

14. En referencia a las críticas, véase Cifuentes (1994: 151-154) y Muñoz Núñez (1994-95).

encuentran en una relación de mayor a menor grado de pertenencia a dicha categoría. Tanto es así que los miembros prototípicos son aquellos que comparten el mayor número de propiedades con el resto de miembros de la misma categoría y que tienen el menor número de propiedades en común con los miembros de otras categorías.

Si los miembros de una categoría no presentan propiedades comunes a todos ellos, debemos preguntarnos cuál es la relación que los vincula entre sí. En este punto, Rosch y su equipo de investigación acuden al principio teórico, postulado por el filósofo austríaco L. Wittgenstein: el parecido familiar<sup>15</sup>. Es esta una estructuración que permite a los miembros de una categoría relacionarse entre sí sin tener una propiedad en común que defina la categoría. Por ejemplo, un parecido de familia puede consistir en un conjunto de referentes A, B, C, D, E, unidos entre ellos por relaciones de tipo asociativo: AB BC CD DE, que justifican una denominación común. En consecuencia, lo que reúne a los miembros de una categoría son las semejanzas que se entrecruzan, que se recubren parcialmente.

En la versión revisada, la concepción de la categoría se basa exclusivamente en la idea del parecido familiar. Los denominados *efectos prototípicos* son sólo una consecuencia de las categorías de parecido familiar. En definitiva, dentro de una categoría los miembros están relacionados entre sí mediante un *continuum* multidireccional que forma una estructura de red. Sea como fuere, intercategorial o intracategorial, la gradación está presente en la teoría de prototipos.

### 3.3. Un precedente de la gradación cognitiva

En el ámbito hispánico, hasta hace poco tiempo no han cobrado auge las investigaciones lingüísticas que optan por una perspectiva prototípica, a pesar de

---

15. Esta denominación de *parecido familiar* se justifica si tenemos en cuenta que los diferentes miembros de una familia, al menos hipotéticamente, comparten ciertas características: constitución física, rasgos faciales, color de ojos, temperamento, etc.



que Bosque (1977) ya era partidario de una lingüística no discreta y, más aún, señaló la existencia de cierta tradición para esta concepción:

“La existencia de grados en las clasificaciones lingüísticas no es de ninguna manera un problema nuevo. De hecho, algunos autores han puesto especial hincapié en resaltar, desde una perspectiva estructuralista, que las clasificaciones cerradas suponen una grave dificultad para describir una serie de fenómenos que parecen presentarse sobre un continuo o progresión, en lugar de estar caracterizados por una oposición taxonómica perfecta. Lo que tal vez sea nuevo es el intento de establecer un método que permita formalizar esos fenómenos y darles cabida mediante algún procedimiento en una teoría lingüística” (Bosque, 1977: 155).

En realidad, aunque Bosque menciona aquí la perspectiva estructuralista, anteriormente escribe:

“Tanto la gramática que llamamos tradicional como un gran número de corrientes pre y postestructuralistas se han dado cuenta con frecuencia de la existencia de numerosos fenómenos lingüísticos difíciles de encuadrar en unas clases previamente establecidas” (Bosque, 1977: 155).

Si bien Bosque (1977) enumera al final de su artículo los precedentes y las primeras formalizaciones de la lingüística no discreta, no menciona la distinción entre *centro* y *periferia*. Dicha distinción<sup>16</sup> fue formulada por lingüistas pertenecientes, en su mayoría, a la denominada *Nueva Escuela de Praga*<sup>17</sup>, a partir de la tesis que defiende la asimetría (no uniformidad) y el carácter abierto del sistema del lenguaje. Esta tesis supone, por una parte, el rechazo de la concepción que asegura que todos los elementos del lenguaje gozan del mismo grado de integración en él y, por otra, el rechazo de la creencia de que las categorías lingüísticas están perfectamente separadas y delimitadas en compartimientos independientes. Por *grado de integración* se entiende el grado de participación de un elemento en las relaciones que caracterizan un sistema lingüístico dado, considerado este un conjunto de elementos (cf. Vachek, 1966b: 23).

---

16. El segundo volumen de los *Travaux Linguistiques de Prague*, publicado en 1966, presenta unidad temática en torno a la distinción *centro/periferia* y a sus aplicaciones en el ámbito lingüístico.

17. La Escuela o Círculo Lingüístico de Praga fue fundada en 1926 por N. Trubetzkoy, R. Jakobson y otros, a los que posteriormente se unieron A. Martinet, V. Mathesius, B. Trnka, J. Vachek, etc. En este Círculo se originó el funcionalismo, corriente derivada del estructuralismo. La denominación *Nueva Escuela de Praga* hace alusión a una segunda etapa cronológica —posterior a la II Guerra Mundial (1939-1945)— en la vida de esta Escuela.

Vachek (1966a), en el “Avant-propos” al segundo volumen de los *Travaux Linguistiques de Prague*, anuncia lo siguiente:

“(…) le 2<sup>e</sup> volume reprend une des plus importantes thèses de l’École de Prague d’avant-guerre, en poursuivant son développement d’une manière critique et créatrice. C’est la thèse qui souligne l’idée de la langue conçue comme un système en mouvement qui, par là, n’est en aucun moment de son existence complètement équilibré et dans lequel à chaque stade et à chaque niveau il se manifeste, plus ou moins clairement, une certaine différenciation des composants centraux et périphériques” (Vachek, 1966a: 5).

Esta idea del dinamismo de los sistemas lingüísticos supone asestar un duro golpe a la concepción discreta del lenguaje sostenida por la tradición lingüística anterior<sup>18</sup>. Tal como insinúa Vachek (1966b: 32), la tesis del carácter abierto del sistema de la lengua se basa en una de las tesis de 1929<sup>19</sup>, formulada por R. Jakobson. Junto con Penadés (1996: 117, n. 32), creemos que existe la posibilidad de que Vachek se refiera a la primera de las nueve tesis, un fragmento de la cual expone lo siguiente:

“(…) la descripción sincrónica tampoco puede excluir la noción de evolución, ya que incluso en un corte considerado sincrónicamente existe la conciencia del estado en formación; los elementos lingüísticos percibidos como arcaísmos y, en segundo lugar, la distinción entre formas productivas y no productivas son hechos de diacronía que no se pueden eliminar de la lingüística sincrónica” (Trnka y otros, 1972: 32).

Por otra parte, los autores de esta escuela no llegan a establecer unas definiciones exactas y precisas de los conceptos de *centro* y *periferia*. (cf. Díaz Hormigo, 1994-95: 91):

“Il n’est donc pas possible de s’attendre, quant à l’emploi des caractéristiques *centre* et *périphérie*, *central* et *périphérique*, à une exactitude conceptuelle; ces caractéristiques se font valoir différemment” (Leska, 1966: 53).

Existe cierta tendencia a relacionar el carácter periférico con la irregularidad de la forma, con la no productividad lexicogenésica, con la variabilidad y la

---

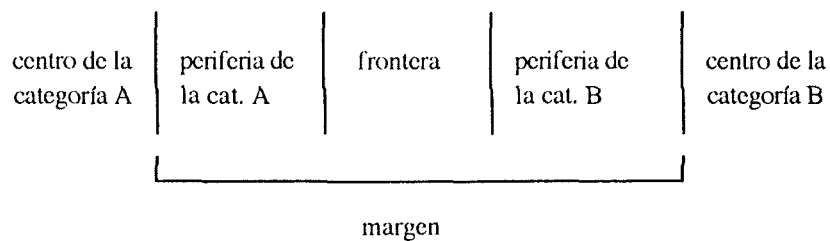
18. El concepto de dinamismo introducido por el Círculo Lingüístico de Praga sería desarrollado posteriormente en el seno del estructuralismo por Coseriu, a partir de 1952. Asimismo, la hipótesis del dinamismo queda totalmente revalorizada desde la perspectiva no-discreta en lingüística.

19. Estas tesis fueron presentadas como obra colectiva del Círculo Lingüístico de Praga y redactadas a raíz del Primer Congreso Internacional de Filólogos Eslavistas, celebrado en Praga en octubre de 1929.

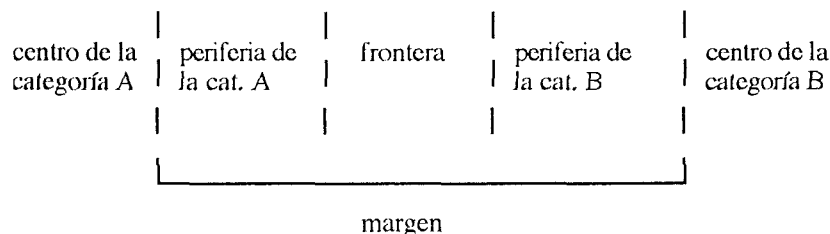
excepcionalidad... No obstante, las denominaciones *centro* y *periferia* aluden a las dos posiciones límite de la integración máxima y mínima de un elemento en el sistema lingüístico, respectivamente, entre las cuales se sitúan aquellas posiciones que pueden ser caracterizadas como tendentes hacia el centro o hacia la periferia o como posiciones intermedias (cf. Leska, 1966). Se aprecia en este punto una clara semejanza con la gradación intracategorial, porque hemos de tener en cuenta que la distinción *centro/periferia* no sólo se aplica al sistema de la lengua considerado como un todo y a los distintos niveles de análisis lingüístico, sino también a las categorías lingüísticas.

Así, Danes (1966) afirma que la mayoría de las dificultades aparece a la hora de determinar sin ambigüedades a qué categoría pertenece un elemento lingüístico dado, porque se asume erróneamente que cada elemento posee todas y cada una de las propiedades de una categoría dada y que las posee por completo; es decir, que se asume que las categorías están perfectamente delimitadas con fronteras precisas cuando, en realidad, las categorías son formaciones con un centro compacto y una transición gradual hacia una periferia difusa que, a su vez, se infiltra gradualmente en el dominio periférico. Creemos que no se puede aludir a la gradación intracategorial y a la gradación intercategorial con mayor claridad y concisión.

Otro autor, Neustupny (1966), prefiere el término *vaguedad* (*vagueness*) para referirse a la dificultad que supone establecer una clara distinción entre el centro y la periferia. Según él, la causa de la vaguedad reside en el hecho de que no todos los elementos de una clase o categoría pueden ser caracterizados por todos los rasgos de esa clase y en el hecho de que algunos elementos pueden ser caracterizados por rasgos de otras clases. Este lingüista profundiza en la oposición *centro/periferia* al añadir los conceptos de frontera y margen. En consecuencia, la vaguedad lingüística se define como la propiedad que poseen los elementos marginales —que pueden ser de dos tipos: periféricos o fronterizos, según la distancia que los separe del centro—, es decir, en cualquier caso, la vaguedad es ocasionada por elementos no centrales. Esquemáticamente podríamos representar el paso de una categoría a otra así:



Neustupny (1966) deja la puerta abierta a la posibilidad de que exista una transición gradual desde el centro hacia la periferia y, a su vez, desde esta hacia la frontera de la categoría. De esta forma, el gráfico anterior debería ser modificado del siguiente modo:



Las líneas discontinuas indican que la delimitación no es tajante, sino difusa. Los elementos menos caracterizados por los rasgos de la propia clase o los caracterizados parcialmente por rasgos de otra clase son, evidentemente, elementos periféricos; mientras que los elementos que están tan poco caracterizados que no está claro si pertenecen a una clase o a otra son los elementos fronterizos.

En resumen, para los lingüistas praguenses, por una parte, las clases o categorías no constituyen compartimientos estancos, sino que poseen límites imprecisos; por otra parte, los elementos con características de otras clases o categorías o aquellos que son de difícil clasificación son elementos no centrales. Precisamente estas son las bases sobre las que asienta la teoría de prototipos la noción de gradación. En consecuencia, ambas concepciones, la gradación

cognitiva y la distinción *centro/periferia*, se oponen al modelo de categorización binarista.

Ha quedado demostrado cómo una de las tesis formulada en el período clásico de la Escuela Lingüística de Praga por R. Jakobson y desarrollada en los años sesenta por diferentes miembros de la Nueva Escuela de Praga constituye un claro precedente de la gradación que los lingüistas cognitivistas han pasado por alto.

Las clasificaciones —categoriales o no— no binarias de los hechos lingüísticos, llámense progresiones desde un centro hacia una periferia o llámense gradaciones, son una muestra de la dinámica en la sincronía de la lengua. En todo idioma conviven elementos de etapas anteriores de su desarrollo histórico con elementos de etapas recientes del mismo; lo que nos conduce al conocido universal lingüístico de que ninguna lengua es diacrónicamente homogénea en la sincronía (cf. Moreno, 1997: 225). La existencia de *continua* hace que cualquier estudio sincrónico deba tomar en consideración, en mayor o menor medida, el factor diacrónico. Esta relación de dependencia del punto de vista sincrónico respecto del diacrónico junto con la relación inversa—el hecho de que el estudio del cambio lingüístico suponga la comparación de los sistemas lingüísticos de una misma lengua pertenecientes a períodos cronológicos diferentes— ponen de manifiesto que no puede aplicarse una dicotomía tajante entre sincronía y diacronía, aunque Saussure así lo expusiera y la Escuela de Ginebra<sup>20</sup> lo llevara a cabo.

En los distintos niveles de análisis lingüístico, el dinamismo del lenguaje supone continuos cambios, de modo que las unidades lingüísticas se ven obligadas con frecuencia a adaptar la función que un momento determinado desempeñan para mantenerse de forma operativa en el sistema. Las unidades periféricas al no estar completamente integradas, son poco estables, de forma que tienden a

---

20. La Escuela Lingüística de Ginebra se identifica con el grupo de lingüistas, discípulos directos del estructuralista F. de Saussure, como Ch. Bally, A. Sechechaye y H. Frei, que en cierto modo se propusieron completar el pensamiento lingüístico de su maestro a través de la publicación en serie *Cahiers Ferdinand de Saussure*, fundada en 1941.

integrarse en el sistema<sup>21</sup>. Este tipo de integración que implica una reevaluación funcional conecta con fenómenos como la gramaticalización y la lexicalización.

### **3.4. Fenómenos lingüísticos graduales: la gramaticalización y la lexicalización**

#### **3.4.1. La gramaticalización y las perífrasis verbales**

Como hemos señalado en el capítulo anterior, se denomina *gramaticalización* no sólo un proceso lingüístico, sino también los casos que se encuentran en los diferentes grados de este proceso y el resultado del fin de este. Para acabar de completar la complejidad de los valores de este término, hemos de añadir que los procesos de gramaticalización y, en concreto, los procesos lingüísticos que han dado lugar a la formación de las perífrasis verbales son analizados de forma global por un conjunto de principios teóricos denominado *teoría de la gramaticalización*.

Podemos abordar el estudio de los procesos de gramaticalización desde una perspectiva diacrónica y desde una perspectiva sincrónica. Ahora bien, puesto que no podemos establecer una división estricta entre sincronía y diacronía, nuestro enfoque adoptará una perspectiva sincrónica, pero nos reservamos la posibilidad de recurrir a la vertiente histórica cuando sea necesario.

En la vertiente sincrónica, la gramaticalización se entiende como un estudio de las formas gramaticales desde una concepción “fluida” de la lengua, en la que las categorías lingüísticas no se analizan como entidades discretas, sino como entidades complejas, asimétricas y graduales, y en la que es posible la polisemia. Este estudio de las formas gramaticales trata de establecer qué funciones desempeña una voz o expresión gramaticalizada en diferentes contextos. En esta

---

21. A pesar de los intentos de integración, algunas unidades permanecen en la periferia con plena vigencia. Así, en español, verbos irregulares como *dar* o *ir* resultarían periféricos en distinto grado por comparación a los que suelen tomarse como patrón de las respectivas conjugaciones, los cuales son considerados elementos centrales.

perspectiva, el estudio de los verbos auxiliares, concretamente, conduce a la consideración de que no existen límites tajantes entre esta categoría y la de los verbos plenos, sino un *continuum* o línea a lo largo de la cual se disponen formas verbales que van desde unas posiciones estrictamente léxicas hasta otras estrictamente gramaticales, pasando por otras, cuyos integrantes se encuentran a medio camino entre unos valores y otros. En palabras de Iglesias Bango (1988):

“(...) en [p. ej. *Viene a darnos las gracias* y *Viene a costar poco dinero*] tendríamos el mismo verbo, pero en *usos distintos*. Este planteamiento permitiría explicar la fluctuación de un mismo segmento entre el carácter *auxiliar* y *no auxiliar*, de igual forma que se hace con la *transitividad*. Aunque el tema sólo queda aquí planteado, podría afirmarse que en la *auxiliaridad* también hay una gradación imperceptible de mayor a menor capacidad de funcionamiento independiente: en un extremo se encontrarían verbos que nunca se *usan* como *auxiliares* (*comer, llorar, caminar*); en el lado opuesto, otros que casi siempre se utilizan así (*haber, soler*); y, por último, en el medio una gama mayor o menor de verbos que aceptan ambas opciones (*venir, ir, querer, seguir, etc.*.)” (Iglesias Bango, 1988: 108-109).

De esta forma, creemos que el contexto cobra especial importancia, pues es este el único factor que permite una interpretación adecuada en aquellos casos en los que nos encontramos ante verbos que no son ni totalmente independientes ni totalmente auxiliares.

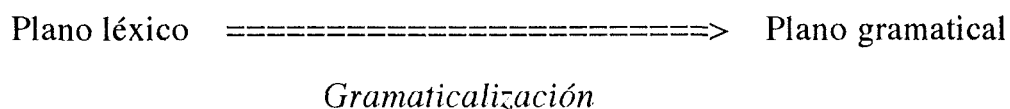
Desde nuestro punto de vista, los procesos de gramaticalización poseen una naturaleza especial que no es capaz de plasmar totalmente la perspectiva diacrónica al ocuparse del origen y del desarrollo de las formas gramaticales, es decir, del cambio lingüístico de estas. Nos estamos refiriendo al hecho de que la pieza o piezas afectadas por la gramaticalización sean capaces de adquirir y conservar nuevos significados sin perder los originarios:

“La peculiaridad que presenta la gramaticalización de los auxiliares consiste en que la existencia de un estado “posterior” no supone la anulación de los “anteriores”, es decir, un valor que implica mayor abstracción convive con otro más concreto, más cercano al punto de partida. Hay excepciones como el castellano *haber*, pero lo normal es que convivan el uso semánticamente “pleno” y el uso totalmente gramaticalizado.” (Rojo, 1974: 29-30).

Esa variación de usos en el seno de un sistema lingüístico debe ser abordada por la perspectiva sincrónica, sin perjuicio de que la vertiente histórica sea posible<sup>22</sup>.

La gramaticalización es un proceso lingüístico por el cual ciertas unidades léxicas o estructuras más complejas<sup>23</sup> se convierten en partículas con un valor no referencial<sup>24</sup> o valor relacional, o bien, un proceso lingüístico por el cual determinadas formas gramaticales adquieren un significado menos referencial que el que poseían en un principio. Por tanto, la gramaticalización conduce desde el plano léxico al plano gramatical o tiene lugar en un plano puramente gramatical.

En todos los trabajos relevantes sobre los procesos de gramaticalización se suele reconocer que la gramaticalización es un proceso unidireccional<sup>25</sup>, es decir, irreversible. Esta irreversibilidad se manifiesta en todos los niveles: semántico, morfosintáctico y fonológico. En efecto, cuando un elemento léxico se convierte en indicador gramatical, no puede “volver” a su condición de elemento léxico. La unidireccionalidad se aprecia en el siguiente esquema<sup>26</sup>:



- 
22. Ya Roca Pons (1958) era partidario de una consideración “sincrónica” y otra “diacrónica” de la gramaticalización. Salvando las distancias temporales, Heine *et al.* (1991) abogan por la concepción de la gramaticalización como un proceso “pancrónico”, que engloba tanto una perspectiva diacrónica como una perspectiva sincrónica.
  23. Estas estructuras más complejas frecuentemente son sintagmas, aunque también pueden ser cláusulas enteras. Por ejemplo, el punto de partida del proceso de gramaticalización del adverbio *quizá* se encuentra en la secuencia de carácter clausal *quién sabe*.
  24. *Entendemos por valor referencial de una palabra la capacidad que tiene el emisor para referirse a una entidad de la realidad extralingüística al utilizar dicha palabra.*
  25. En diferentes trabajos sobre la gramaticalización —como Heine *et al.* (1991), Traugott—Heine (1991), Hopper—Traugott (1993), entre otros— se apuntan contraejemplos a la hipótesis de la unidireccionalidad. La mayoría de los contraejemplos señalados responden a casos de lexicalización, es decir, de creación de unidades léxicas a partir de formas gramaticales. Y el resto no está muy claro si constituyen verdaderas excepciones a dicha hipótesis.
  26. Este esquema resulta provisional, puesto que será objeto de alguna modificación en el apartado 3.4.2., al compararlo con el que se propone para la lexicalización.



Sin embargo, es cierto que existe la posibilidad de que una forma gramaticalizada experimente un nuevo proceso por medio del cual vuelva a formar parte de una categoría superior. Pero este proceso no lo consideramos gramaticalización, sino *lexicalización*, como veremos más adelante.

Moreno Cabrera (1996, 1997) considera que la gramaticalización es un proceso *lexicogenético* (es decir, tiene como punto de partida el léxico) y *sintactotélico* (tiene como punto de llegada la sintaxis). No obstante, nuestra concepción de los procesos de gramaticalización difiere de la suya, porque él incluye dentro de la gramática no sólo la sintaxis, sino también el léxico, con lo cual denomina *gramaticalización* tanto los procesos que conducen del léxico a la sintaxis, como los que van de esta a aquel:

“La conclusión general es que los procesos de gramaticalización son irreversibles pero bidireccionales. En una de las direcciones, los elementos léxicos van perdiendo gradualmente su contenido semántico y se van convirtiendo en marcadores gramaticales que determinan la expresión de las relaciones sintácticas de las lenguas. Este proceso es lexicogenético, pues se origina en el léxico, y es sintactotélico, pues acaba en la sintaxis.

En la otra de las direcciones, las construcciones o elementos sintácticos pierden su carácter compositivo y libre y adquieren un significado léxico que los convierte en nuevas unidades del acervo léxico de una lengua. Este proceso es sintactogenético, pues se origina en la sintaxis, y lexicotélico, pues acaba en el léxico.” (Moreno Cabrera, 1996: 204).

Por tanto, este autor, al proceso que va en dirección opuesta a la gramaticalización, también lo considera un proceso de gramaticalización. Esto es debido a que en su concepción, el proceso “inverso” de la gramaticalización es el de la *lexicalización* de las unidades sintácticas; mientras que el proceso “reverso” es el de la *lexificación* de elementos gramaticales. En nuestra concepción, el proceso “reverso” a la gramaticalización es el de la lexicalización de unidades gramaticales. Sin embargo, el proceso que conduce de la sintaxis al léxico, no lo consideramos gramaticalización, ya que no tiene el plano gramatical como punto de llegada.

Cada lengua posee procedimientos diferentes para gramaticalizar significados léxicos:

“En castellano no existe una unidad gramatical para el concepto ‘intención’ (sí, en cambio, en esquimal), ni para indicar que un objeto es redondo (sí, en cambio, en navajo), ni con el sentido de ‘estación o época’ (sí, en cambio, en vasco) o para significar ‘flexibilidad’ (sí, en cambio, en cheroqui).” (Bosque, 1982a: 118).

Sin embargo, en español poseemos morfemas derivativos, como el prefijo *re-* que expresa ‘reiteración’ (*reencuentro*) o el sufijo *-ista*, que expresa ‘profesión’ (*oculista*) o ‘partidario’ (*optimista*). Estas unidades, los morfemas derivativos, poseen un valor gramatical, aunque los conceptos que designan, que aparecen también en la lengua como unidades léxicas, no se correspondan con los conceptos que establecen relaciones puramente gramaticales (tiempo, género, número...), que denominamos *morfemas flexivos*. Por tanto, una unidad puede remitir a un significado léxico estando gramaticalizada.

La mayoría de nuestros morfemas derivativos han sufrido un proceso de gramaticalización completo, ya que no tienen autonomía morfofuncional ni semántica fuera de la unidad donde están insertados. Otros, como el elemento *mente*, no ha sufrido una gramaticalización completa, ya que en ciertos contextos se comporta como una unidad léxica independiente y en otros, precedido de adjetivos, se comporta como un sufijo adverbializador.

Como veremos, al gramaticalizarse, una unidad léxica ve ampliado el número de contextos sintácticos en los que puede aparecer y va perdiendo su autonomía hasta, en ocasiones, llegar a convertirse en morfema. Por tanto, con este proceso, la sintaxis se enriquece y, en ocasiones, también la morfología<sup>27</sup>; por su parte, el léxico se empobrece, pues ha perdido uno de los elementos con los que contaba.

En una concepción “fluida” de la lengua podemos hablar de la gramaticalización, desde una perspectiva sincrónica, como una categoría lingüística que refleja la estructura de un *continuum*, en el que los elementos lingüísticos están ordenados según el grado de integración en el plano gramatical que presentan. En

---

27. Moreno Cabrera (1997: 231) recoge el siguiente universal lingüístico: “Toda lengua enriquece su morfosintaxis mediante la gramaticalización”.

esa escala<sup>28</sup> podemos definir los puntos extremos de la siguiente forma: por un lado, el punto inicial supone el estadio de no gramaticalización y en él se encuentra cualquier expresión susceptible de ser gramaticalizada; por otro lado, el punto final supone el estadio de gramaticalización total y en él se encuentran los elementos que han perdido totalmente su autonomía en todos los niveles. Si esa escala la imaginamos situada en la dimensión horizontal y en el sentido lineal de nuestra escritura, cualquier elemento puede ser localizado a lo largo de la escala en relación a esos dos puntos extremos: cuanto más cercano esté un sentido al punto inicial, menos gramaticalizado está, y a la inversa. Asimismo, un elemento situado a la izquierda de otro está menos gramaticalizado que este, y a la inversa.

Las formas “híbridas”, todas las que no se localizan en ninguno de los dos puntos extremos, son consideradas parte integrante de la escala y se encuentran en la intersección de dos puntos o estadios que se superponen. Estas formas poseen parte de las características de los elementos no gramaticalizados, porque las han retenido; y, además, poseen parte de las características de las formas que están gramaticalizadas totalmente, porque las han adquirido; por tanto, su comportamiento puede ser descrito en relación a su relativa localización en esa escala o *continuum*. Quizás la máxima dificultad surge en el estudio de elementos que se hallan en la zona con límites imprecisos intermedia entre el plano léxico y el plano gramatical, es decir, elementos que están a medio camino de su proceso de gramaticalización, como ocurre con los semiauxiliares. Estos, según la semántica cognitiva, no constituirían ejemplos prototípicos de gramaticalización.

En el transcurso de la gramaticalización las piezas afectadas sufren alteraciones de índole semántica, morfosintáctica y fonológica simultáneamente en distintas etapas del proceso. En favor de una mayor claridad en la exposición abordaremos estos tres planos por separado: en primer lugar, nos ocuparemos del plano semántico, porque las modificaciones semánticas constituyen el desencadenante de las modificaciones morfosintácticas y de las fonológicas.

---

28. A partir de Heine *et al.* (1991) algunos autores utilizan el término *grammaticalization chains* (*cadena de gramaticalización*) para referirse a la categoría lingüística que constituye la gramaticalización.

### 3.4.1.1. El nivel semántico en los procesos de gramaticalización

Hemos de partir, en primer lugar, de la constatación de que no es posible equiparar *proceso de gramaticalización y cambio semántico*, porque ello supondría desestimar las modificaciones morfosintácticas y fonológicas que este proceso conlleva. Por consiguiente, la gramaticalización supone un cambio de significado, pero no única y exclusivamente, como veremos en apartados sucesivos.

En un corte sincrónico, la coexistencia de varios valores para una misma expresión inmersa en un proceso de gramaticalización origina diversos fenómenos de polisemia y, en última instancia, casos potenciales de ambigüedad estructural. Veamos un ejemplo:

- (1) a. Juan acaba de leer un libro de aventuras.
- b. El pastor alemán acaba de saltar la verja.

De estas dos oraciones solamente (1a) es ambigua. La ambigüedad en la expresión de la intención comunicativa del hablante viene dada en esta oración porque estamos ante un enunciado sin contexto lingüístico previo y porque estamos ante un texto escrito, carente, por tanto, de las modulaciones de entonación de un texto oral. Las dos interpretaciones son las siguientes: ‘que la acción del infinitivo esté finalizando’ o ‘que dicha acción haya finalizado recientemente’. Únicamente en esta última posibilidad nos encontramos ante una perífrasis verbal de infinitivo que expresa la categoría aspectual de la *fase egresiva* o término reciente de la acción.

Son posibles las dos interpretaciones cuando el infinitivo es imperfectivo, como *leer* en (1a). Cuando el infinitivo es perfectivo, como *saltar* en (1b), no hay opción para interpretar la acción en su término y, en consecuencia, el valor significativo de la construcción es siempre el de término reciente de la acción o fase egresiva.

Cuando un nuevo significado surge, los medios usados para expresarlo tienden a retener su forma original y su comportamiento morfosintáctico por un

tiempo; en consecuencia, el cambio semántico precede al cambio morfosintáctico y al fonológico. El resultado es un estado de asimetría en el cual una misma forma lingüística expresa simultáneamente dos significados diferentes: un significado léxico (o menos gramaticalizado) y un significado gramaticalizado (o más gramaticalizado). Sincrónicamente, el resultado es un término polisémico.

Cada uno de los nuevos valores de una expresión inmersa en un proceso de gramaticalización se origina en contextos comunicativos muy concretos, con finalidades expresivas y comunicativas, y se empieza a utilizar por parte de los hablantes de forma irregular. Del éxito de la paulatina difusión de la innovación semántica, en la que intervienen factores históricos, sociales, psicológicos, lingüísticos, etc., depende su consolidación<sup>29</sup> y adopción por la comunidad lingüística, su conservación en ámbitos de uso restringido o su desaparición. En este sentido, el cambio semántico que acompaña a la gramaticalización no supone una excepción del cambio semántico que opera en general en las lenguas.

Ya hemos mencionado que los procesos de gramaticalización no afectan sólo a voces aisladas, sino que también se gramaticalizan estructuras más complejas, frecuentemente sintagmas. Por ejemplo, el desarrollo de una perífrasis verbal de infinitivo a partir de una secuencia no supone únicamente la gramaticalización del verbo conjugado, sino de toda la construcción por completo. El hecho de que la gramaticalización afecte a unidades lingüísticas superiores a la palabra permite explicar la gramaticalización de una misma palabra con valores distintos. Así, en una consideración sincrónica, al verbo *haber* no sólo lo encontramos como auxiliar de los tiempos compuestos de la conjugación, sino también como auxiliar en las perífrasis verbales de obligación “*haber de + infinitivo*” y “*haber que + infinitivo*”. Sin embargo, estos valores surgen en contextos sintácticos diferentes: sólo en el primer caso el verbo *haber* aparece en construcciones junto a un participio; los otros dos casos, en los que interviene un infinitivo, se diferencian entre sí por el elemento relacionante (*de/que*)<sup>30</sup>.

---

29. La generalización de los procesos de gramaticalización está estrechamente relacionada con la analogía, de la cual hablaremos más adelante.

30. En una consideración diacrónica, deberíamos añadir que el verbo latino *habere* también es el étimo de las desinencias del futuro sintético y del condicional.

Las voces léxicas que suelen constituirse en el punto de partida de los procesos de gramaticalización reúnen una serie de características:

a) el valor semántico genérico. Cuanto mayores son las restricciones de selección que afectan a un término, tanto mayores son sus posibilidades de entrar en un proceso de gramaticalización. Por tanto, los hiperónimos o los conceptos del nivel superordinado en la teoría de prototipos son los candidatos ideales para ser objeto de un proceso de gramaticalización. En la gramaticalización, las piezas léxicas que constituyen el punto de partida del proceso pertenecen a campos semánticos concretos y están relacionadas con las coordenadas espacio-temporales del emisor. En contrapartida, los significados de llegada siempre pertenecen a campos semánticos más genéricos y abstractos y están relacionados con el plano gramatical, ya sea por ser significados textuales o por ser contenidos metalingüísticos.

b) la prominencia conceptual. Las voces y expresiones que refieren conceptos que expresan relaciones del hablante con elementos de su entorno están indicadas para expresar funciones estrictamente relacionales. La prominencia conceptual (carácter egocéntrico y egodeíctico) de una unidad léxica es directamente proporcional a sus posibilidades de gramaticalización.

c) la frecuencia de uso. Si las expresiones gramaticalizadas presentan una elevada frecuencia de uso es debido a su valor semántico genérico y a su prominencia conceptual, ya que estas características posibilitan su aparición en diversos contextos. Por tanto, en nuestra opinión, la elevada frecuencia de uso es más un resultado de la gramaticalización que un condicionante de esta.

En los estudios sobre la gramaticalización ha estado presente durante largo tiempo (Roca Pons, 1958; Gili Gaya, 1961; Tesnière, 1966; Real Academia Española, 1973, Feldman, 1974; Rojo, 1974; Lamíquiz, 1982; entre otros) la consideración de que los procesos de gramaticalización constituyen un empobrecimiento semántico o una dessemantización, total o parcial. Desde este punto de vista, la gramaticalización consiste en un proceso que va eliminando los rasgos semánticos de las palabras afectadas hasta dejarlas reducidas a su núcleo semántico, puesto que el significado original se convierte en un significado más

abstracto. Tal hipótesis ha sido matizada posteriormente en numerosos trabajos (Kock, 1975; Launay, 1980; Gómez Torrego, 1988; Sweetser, 1988; Fernández de Castro, 1990; Heine *et alii*, 1991; Morera, 1991; Heine, 1993; Hopper—Traugott, 1993; entre otros). En efecto, el presupuesto de la pérdida total o parcial de la significación originaria de la pieza que sufre el proceso de gramaticalización sólo se ajusta a la realidad en parte, debido a que, si por un lado se produce un empobrecimiento semántico, por otro se produce un “enriquecimiento” en la significación de dichas piezas: estas no sólo pierden marcas semánticas, sino que, al mismo tiempo, adquieren nuevos contenidos semánticos. Comprobémoslo con unos ejemplos:

- (2) a. *El profesor va a explicar el último tema en la clase de hoy.*  
b. *El locutor vino a decir que el rumor era cierto.*  
c. *De repente, se puso a llover.*  
d. *Su padre acaba de llegar de Madrid.*

En (2a) y (2b) podemos apreciar cómo típicos verbos de movimiento, tales como *ir* y *venir*, han perdido la idea de desplazamiento al integrarse en la perífrasis verbal y funcionar como auxiliares; lo mismo ocurre en los siguientes enunciados: en (2c) el verbo situacional *poner* pierde el rasgo de ‘localización’ y en (2d) *acabar* oscurece su valor extensional de ‘acción totalmente finalizada’.

En realidad, más que hablar de vaciamiento semántico, deberíamos hablar del cambio de significado que experimentan estos verbos, los cuales, al formar parte de las perífrasis verbales y a causa de su valor semántico genérico, han pasado a depender estrechamente del significado contextual que les proporciona el resto de integrantes de la secuencia verbal. Así, en (2a) *va*, en *va a explicar*, aporta la noción temporal de futuridad; en (2b) *vino*, en *vino a decir*, proporciona un matiz de aproximación; en (2c) *ponerse*, en esa perífrasis, aporta el matiz aspectual de fase ingresiva; y en (2d) *acaba*, en *acaba de llegar*, favorece el valor aspectual de fase egresiva.

La gramaticalización es un proceso lingüístico gradual y esta afirmación la podemos constatar en cada uno de los niveles establecidos: el nivel semántico, el

nivel morfosintáctico y el nivel fonológico. En cuanto al nivel semántico, que es el que ahora nos atañe, la evolución de un significado léxico a otro gramatical o la evolución de un significado gramatical a otro todavía más relacional se produce continua y paulatinamente, de forma que entre el significado original y el final pueden observarse valores intermedios, que, en muchos casos, se solapan. Observemos unos ejemplos:

- (3) a. *Vino a casa.*  
b. *Vino a casa a explicar sus aventuras.*  
c. *Aquel suceso vino a turbar nuestra tranquilidad. (DUE, p. 1371)*  
d. *Vino a dar con sus huesos en la cárcel. (DUE, p.1371)*  
e. *Viene a tener la misma edad que yo. (DUE, p.1371)*

En (3a) tenemos el verbo *venir* con su significado original de movimiento y en (3e) aparece el verbo *venir*, en un uso gramaticalizado, formando parte de una perífrasis verbal que expresa el matiz de aproximación o probabilidad. Como valores intermedios tenemos los casos (3b-d): en (3b) *venir* aparece en un uso pleno y aporta un matiz de finalidad; en (3c) *venir* está gramaticalizado, ya que forma parte de una perífrasis verbal de infinitivo, su sujeto es un ente no animado y aporta un sentido efectivo a la acción de *turbar*; ya que supone el logro de una situación nueva, similar al valor de *llegar a* y, por último, en (3d) también tenemos un uso gramaticalizado, aunque el sujeto esté caracterizado por el rasgo [+humano], pues posee un valor efectivo, pero con un matiz de acción fortuita, inesperada, valor semejante al de *acertar a*. A partir de este significado de casualidad vemos posible la expresión de la incertidumbre que aparece en (3e). En este último caso no se valora la relativa probabilidad de que sea verdadero el contenido proposicional, sino que se evalúa la precisión o exactitud de detalles sobre el contenido proposicional o bien la conveniencia de las palabras elegidas para transmitir ese contenido. La elección de la perífrasis en este caso está motivada por el deseo del hablante de evitar un total compromiso respecto a lo que dice o, mejor dicho, a cómo lo dice. Solamente cuando en el contexto aparece o está implicado algún cuantificador numeral, como en (3e), la perífrasis indica falta



de precisión. En definitiva, podemos afirmar que, debido al relativamente alto grado de gramaticalización que presenta “*venir a + infinitivo*”, su significado es bastante vago. La perífrasis parece adaptarse en extremo al contexto en que aparece; de ahí los variados matices significativos que aporta.

En las relaciones existentes entre los significados de partida y los de llegada en los procesos de gramaticalización no hemos hecho alusión todavía a los mecanismos cognitivos que, desde un punto de vista diacrónico, facilitan la evolución de unos sentidos a otros, y que, desde un punto de vista sincrónico, posibilitan y motivan la polisemia de la pieza o las piezas afectadas. Ahora bien, junto a la metáfora y a la metonimia, cabe señalar un tercer mecanismo de cambio semántico, estrechamente relacionado con la estructura sintáctica en la que aparece la palabra afectada. Nos referimos a la importancia del contexto lingüístico como condicionante de ciertos procesos de gramaticalización. Este tipo de cambio obedece a un mecanismo de *rutinización*<sup>31</sup>: la reiterada presencia de una partícula en un contexto permite que esta acabe adquiriendo el significado del conjunto de la construcción. En la metonimia, el significado gramatical se infiere del contexto pragmático y lingüístico; en la rutinización, sólo del contexto lingüístico. La incorporación a una palabra de un significado contextual acostumbra a afectar de modo casi exclusivo a partículas en un estadio avanzado de gramaticalización. Por otra parte, la absorción del significado contextual supone una solución *ad hoc* y, por lo tanto, arbitraria y difícilmente predecible. Así pues, los mecanismos cognitivos básicos que guían la evolución semántica y que permiten ratificar la no arbitrariedad del cambio semántico son, como ya hemos mencionado, la metáfora y la metonimia. Dejamos, por tanto, para el apartado 3.4.3 el estudio de la influencia de la metáfora y la metonimia en las estructuras gramaticalizadas y en las estructuras lexicalizadas.

---

31. El concepto de *rutinización* procede de Pérez Saldanya—Salvador (1995) y Salvador (1995).

### 3.4.1.2. El nivel morfosintáctico en los procesos de gramaticalización

Frente a la importancia que se concede al nivel semántico en los trabajos sobre los procesos de gramaticalización, los cambios morfosintácticos quedan relegados a un segundo plano.

En los procesos de gramaticalización tiene lugar un cambio en la configuración morfosintáctica de las unidades afectadas denominado *reanálisis*<sup>32</sup>. Este fenómeno lingüístico provoca una reorganización de los límites entre los constituyentes de la expresión gramaticalizada y puede llegar incluso a producirse la fusión de dos o más formas<sup>33</sup>. Para que el reanálisis tenga lugar es fundamental que la expresión presente ambigüedad estructural, es decir, tenga más de una interpretación. Por tanto, las motivaciones para el reanálisis se encuentran en la propia estructura lingüística, lo que demuestra la estrecha vinculación entre el nivel semántico y el nivel morfosintáctico.

Según Hopper—Traugott (1993), el reanálisis es el resultado de un proceso de abducción<sup>34</sup>, que constituye un tipo de razonamiento lógico en el que la validez de una de las premisas no está asegurada, por lo que la conclusión lógica que se extrae puede ser errónea, aun cuando en ocasiones permita obtener resultados positivos. Con frecuencia abducción y deducción se confunden. En palabras de Hopper—Traugott (1993):

“Peirce was interested in abduction because, although he saw it as a weak form of reasoning, he also saw it as the basis of human perception and as the only kind of reasoning by which new ideas could originate.” (Hopper—Traugott, 1993: 40).

---

32. Identificar los conceptos de *gramaticalización* y *reanálisis* resulta inadecuado: además de los procesos de gramaticalización existen otros fenómenos lingüísticos en los que se producen reanálisis, por ejemplo, en la formación de palabras compuestas. De ello nos ocuparemos más adelante.

33. La fusión de los elementos integrantes de una construcción gramaticalizada se denomina *morfologización* y constituye una cuestión que será abordada al final de este apartado sobre el nivel morfosintáctico de los procesos de gramaticalización.

34. Ch. S. Peirce fue el pionero de la introducción de este término en su obra de 1931, *Collected Papers*, ed. Charles Hartshorne y Paul Weiss, Cambridge, MA, Harvard University Press.

Un ejemplo de la influencia del razonamiento abductivo en el reanálisis lo proporciona la formación de la perífrasis “*ir a + infinitivo*”<sup>35</sup>. Detengámonos en un ejemplo:

(4) a. *Va a estudiar a la biblioteca.*

La interpretación de (4a) es ambigua: puede entenderse en términos espaciales (‘Se dirige a la biblioteca para estudiar’), en términos de finalidad (‘Va a la biblioteca para estudiar’), en términos de intención (‘Pretende estudiar en la biblioteca’) o en términos de futuridad inmediata (‘Estudiará en la biblioteca en breve’). En la interpretación espacial, existe implícita la noción de finalidad: todo movimiento reviste un fin, que el agente desea conseguir. La intensificación de la idea de intención, implícita en la noción de finalidad, especialmente si no existe un destino físico, facilitó el paso a un significado temporal, propiciado por la inferencia de que toda intención se realiza en el futuro<sup>36</sup>.

En (4a) la estructura [*ir [a estudiar]*] puede ser reinterpretada abductivamente como una sola unidad: [*ir a estudiar*]. Este hecho representa el paso desde una estructura [IR [A + INFINITIVO]], esto es, [VERBO PRINCIPAL + COMPLEMENTO] hasta otra del tipo [IR A + INFINITIVO], es decir, [VERBO AUXILIAR + NEXO + VERBO PRINCIPAL]. En este proceso, como en toda abducción, se partió de una premisa verdadera, constatable: la estructura “*ir a + infinitivo*” aparece reiteradamente en este orden expresando básicamente futuro inmediato; y otra falsa o dudosa: los elementos que aparecen contiguos en el sintagma para expresar un único significado constituyen una palabra. A partir de estos dos presupuestos, puede deducirse que los elementos que conforman la expresión [*ir a estudiar*] son un único constituyente.

---

35. El ejemplo típico de reanálisis mediante un proceso abductivo es, como en otras ocasiones, la formación del futuro romance, ya que este es resultado de un proceso de gramaticalización muy completo: [COMPLEMENTO + VERBO PRINCIPAL] > [VERBO PRINCIPAL + AUXILIAR] > [RAÍZ VERBAL + DESINENCIA].

36. Según Yllera (1980: 171), “el origen de la perífrasis temporal [*ir a + infinitivo*] debió de ser el empleo de *ir* acompañado de un infinitivo en contextos en los que *ir* indicaba un movimiento físico pero en los que *fácilmente el movimiento pasaba a ser secundario y se destacaba especialmente la acción futura. Pueden considerarse ejemplos de transición aquéllos en los que es posible suponer que *ir* expresa un movimiento material pero esta noción está muy desdibujada o aquéllos en los que *ir* se emplea en sentido figurado (...)*”.

Los efectos que produce el reanálisis son los que describimos a continuación. En primer lugar, se produce la alteración categorial de la pieza o piezas afectadas: la pérdida de capacidad referencial de las palabras afectadas por los procesos de gramaticalización acostumbra a ir acompañada de una evolución hacia categorías gramaticales inferiores (verbos auxiliares, semiauxiliares y modales, y morfemas)<sup>37</sup>.

El carácter difuso de los límites entre categorías facilita la explicación del proceso evolutivo de una categoría a otra que se produce en la gramaticalización. En efecto, ciertas palabras, pertenecientes a categorías gramaticales distintas, aun cuando pueden diferenciarse en mayor o menor medida, presentan puntos de contacto que pueden acentuarse, con lo que uno de los elementos queda integrado en la otra categoría. El hecho de que un elemento sea periférico o poco prototípico favorece la tendencia al cambio de categoría de este elemento, es decir, propicia que este elemento sufra una *recategorización*. Como hemos indicado, los procesos de gramaticalización conducen de una categoría superior -palabra léxica, sintagma o cláusula- a otra inferior y obedecen a la eliminación de los rasgos que identifican a una palabra como perteneciente a una categoría gramatical, al tiempo que se incrementa su semejanza con los miembros de otra categoría. Como el fenómeno es una recategorización de una categoría superior a otra inferior y no a la inversa, utilizaremos el término *descategorización*<sup>38</sup>, que designa esa evolución hacia una categoría inferior. En el caso de las perífrasis verbales, la descategorización se muestra en la evolución del verbo usado como pleno (categoría superior) a un verbo usado como auxiliar (categoría inferior).

En este desplazamiento sintáctico las piezas afectadas pierden propiedades que las identifican como miembros de su categoría. En el caso de los verbos, se puede perder la flexión de persona, tiempo, aspecto y modalidad, de forma que el comportamiento de las formas verbales está más próximo al de los marcadores de tiempo o de aspecto que al de los verbos propiamente dichos (véase Heine *et al.* 1991: 213).

---

37. Véase el apartado 3.1.2.

38. Este es el tecnicismo propio de la teoría de la gramaticalización.

Con la descategorización las palabras pierden su significado independiente del texto y pasan a tener una función relativa a este o a alguna construcción local, lo que significa una transformación con claras implicaciones semánticas.

En otro orden de cosas, conviene señalar que el proceso de gramaticalización en su faceta de descategorización puede dar lugar a la aparición de formas “híbridas”, las cuales presentan rasgos propios de dos categorías. La existencia de estas formas híbridas es la prueba de la gradación de la descategorización. En una perspectiva sincrónica, por ejemplo, podemos observar el comportamiento de los verbos semiauxiliares. Estos verbos admiten la omisión del verbo no finito, pero no la sustitución de este por una forma léxica o pronominal. Es precisamente, como ya dijimos (véase el apartado 2.2.2.2), esta divergencia en su comportamiento lo que los sitúa en una posición intermedia entre los verbos usados como plenos —las construcciones en que participan estos admiten la sustitución y la omisión del segundo componente verbal— y los verbos usados como auxiliares —cuyas construcciones no admiten ni la omisión ni la sustitución del verbo no finito—.

En segundo lugar, el reanálisis provoca cambios en el alcance de las palabras que se gramaticalizan. Entendemos por *alcance* el nivel alcanzado en una estructura de constituyentes por la construcción sobre la que incide una palabra o un sintagma concreto. Así, el alcance de un verbo usado como auxiliar es la oración a la que este pertenece. Con frecuencia, existe una relación directamente proporcional entre alcance y proceso de gramaticalización. El aumento del alcance de las palabras a lo largo del proceso de gramaticalización responde al valor relacional que adquieren. Tras la gramaticalización, las palabras funcionan en el marco del texto señalando relaciones entre sus partes. El verbo usado como auxiliar vincula el sujeto y el predicado de la oración, de la misma forma que lo hace la desinencia de un verbo pleno: a través de la concordancia en número. Estas relaciones determinan que, por ejemplo, el alcance del verbo auxiliar y de la desinencia sea la oración.

En tercer lugar, el reanálisis produce modificaciones en la movilidad sintáctica de las piezas afectadas por un proceso de gramaticalización: los elementos de la construcción gramaticalizada restringen su libertad sintáctica a medida que avanza

el proceso de gramaticalización. Frecuentemente, la gramaticalización precisa que la pieza o piezas afectadas fijen un orden determinado en la secuencia sintagmática. Esta fijación de los elementos gramaticalizados se refleja de dos formas posibles:

a) si el proceso de gramaticalización afecta solamente a una palabra, esta se especializa en una posición clausal u oracional determinada. Por ejemplo, en el caso de los conectores unimembres que funcionan en el nivel oracional.

b) si el proceso de gramaticalización afecta a una secuencia, se establece un orden fijo entre sus integrantes, sin posibilidades de permutación. Este sería el caso, por ejemplo, de los conectores plurimembres que funcionan en el plano textual y el de las perífrasis verbales. En ocasiones, en etapas previas, coexisten varios órdenes como resultado de permutaciones, y puede ocurrir que el orden que acaba prevaleciendo en la gramaticalización sea el menos frecuente antes de que se produjese dicho proceso. Por ejemplo, la formación del futuro romance a partir del étimo latino *habeo* + infinitivo. Como es sabido, las primeras manifestaciones de esta construcción acostumbran a presentar un orden un tanto libre; ahora bien, con el transcurso del tiempo fue configurándose un orden más estable en el que los dos elementos aparecían yuxtapuestos y el infinitivo estaba antepuesto.

Si retomamos nuestro último ejemplo de enunciado y añadimos otro:

(4) a. Va a estudiar a la biblioteca.

b. Va a la biblioteca a estudiar.

podemos apreciar la gramaticalización en el nivel sintáctico en todas las facetas:

a) la relación en (4b) es la de un verbo principal (*ir*) y su complemento de finalidad (*a estudiar*). Efectuado el reanálisis, en (4a) se establece una mayor cohesión entre los tres elementos, ya que forman una unidad indisoluble que es el núcleo verbal;

b) se observan cambios categoriales, ya que *ir* puede ser usado como verbo pleno en (4b) o funcionar como auxiliar en (4a);

c) el elemento *ir* ha visto restringida su movilidad sintáctica cuando forma parte de la perífrasis verbal en (4a): únicamente puede aparecer precedido del resto de constituyentes de esta; pero no cuando es usado como verbo pleno en (4b), ya que admite variabilidad sintagmática (*Va a estudiar a la biblioteca/Va a la biblioteca a estudiar*), dependiendo de la situación pragmático-discursiva en la que se inserte el enunciado, sin que el verbo vea alterada la interpretación de ‘desplazamiento en el espacio’.

El estudio del nivel morfosintáctico en los procesos de gramaticalización no sería completo si no tuviésemos en cuenta el proceso denominado *morfologización*.

La morfologización o fusión de los constituyentes de la expresión que se gramaticaliza en una sola palabra<sup>39</sup> tiene como punto de partida la aparición continuada de ciertas estructuras sintácticas en un orden fijo. En efecto, la repetida presencia de dos o más términos que se emplean con un único significado motiva que acaben siendo reanalizados abductivamente como una unidad.

La morfologización es el síntoma de que se ha perdido totalmente la autonomía entre los componentes de la secuencia gramaticalizada, de ahí que suela considerarse que no existe gramaticalización total sin morfologización.

Lehmann (1982: 148) distingue tres fases en el proceso de morfologización:

a) la “*clitización*”, que conduce desde la yuxtaposición de los elementos hasta la dependencia acentual de uno o varios de ellos;

b) la *aglutinación*<sup>40</sup>, que consiste en que el elemento “clitizado” de convierte en un afijo;

c) la *fusión*, que consiste en la pérdida de conciencia por parte del hablante de que existe un límite morfemático.

---

39. Este proceso también recibe la denominación de *coalescencia*.

40. Algunos autores, como Hopper—Traugott (1993: 135), prefieren la denominación de *univerbación*; sin embargo, Lehmann (1982: 152) distingue entre *aglutinación* y *univerbación*, ya que la aglutinación es un proceso sistemático, no ocasional, y no está restringida al nivel léxico.

Si tenemos en cuenta una escala de los límites gramaticales existentes entre dos elementos, podemos observar el siguiente esquema:

$$\parallel > \#\# > \# > + > \emptyset$$

donde  $\parallel$  simboliza “límite de constituyente”;  $\#\#$  simboliza “doble límite de palabra” o “límite fuerte”;  $\#$  simboliza “límite de palabra”;  $+$ , “límite de morfema”, y  $\emptyset$ , “ausencia de límite”. El esquema refleja un punto de vista diacrónico: la fuerza de un límite puede debilitarse gradualmente con el paso del tiempo. Este es el sentido en el que actúa la morfologización.

Por otra parte, hemos de tener presente que en numerosas lenguas aglutinación no es equiparable a “fusión ortográfica”, esto es, diversas lenguas no siempre presentan evidencia gráfica de la aglutinación. Sin embargo, en la lengua española, el afijo se caracteriza por ser un elemento ligado o dependiente, con lo cual si no existe fusión gráfica del afijo, no es tal; y no existiendo afijo, ¿podemos hablar de aglutinación?

Por lo que al paradigma verbal se refiere, sólo podemos hablar de fusión para las formas del futuro y del condicional, ya que distintas formas del verbo *habeo* evolucionaron hasta convertirse en desinencias que quedaron unidas al infinitivo.

En cuanto a los tiempos compuestos de la conjugación, pueden detectarse manifestaciones sintácticas del grado de cohesión entre los elementos. Es decir, los miembros de la estructura afectada van quedando cada vez más unidos entre sí, de manera que deja de ser posible separarlos (inserción de algún elemento) o sustituir uno de tales miembros por un sinónimo (conmutación). Cuando la cohesión aumenta, los elementos se conciben como un todo. En general, las formas compuestas de la conjugación, a pesar de que funcionan como un núcleo verbal, pueden separarse (tanto el auxiliar como el participio) en estructuras coordinadas, siempre que no se trate de tiempos distintos:

- (5) a. *Durante su crisis nerviosa ha reído y llorado.*  
b. *Ha y hemos sufrido mucho.*  
c. *\*Había y hemos sufrido mucho.*



Asimismo, no es posible la inversión del orden “auxiliar + participio” ni la inserción de algún elemento entre el auxiliar y el participio, salvo si se da la coincidencia de que, por una parte, las formas del verbo *haber* sean polisilábicas y, por tanto, no sean clíticas y de que, por otra parte, el elemento intercalado sea una forma pronominal en función de sujeto:

- (6) a. *Lo que habrías tú comido el día de la parrillada.*  
b. \**Lo que has tú comido el día de la parrillada.*

Sólo si entendemos que *has* en (6b) es una forma clítica del participio podemos explicar que no pueda separarse de él. Consecuentemente, según Bosque (1990), será más fácil coordinar dos formas no monosilábicas del auxiliar *haber* que dos formas que lo sean. La razón es que las formas clíticas no participan en procesos de coordinación.

En conclusión, podemos observar que las formas compuestas de la conjugación presentan un avanzado grado de gramaticalización, pero no todas ellas presentan el mismo: las formas monosilábicas del verbo *haber* que integran el Pretérito Perfecto (*he, has, ha y han*) funcionan como formas clíticas del participio y, en consecuencia, la construcción entera ha superado el primer estadio de la morfologización, la “clitización”, y se encuentra en la fase de aglutinación, sin que esta se haya completado<sup>41</sup>; por el contrario, las formas polisilábicas del verbo *haber* que integran el Pretérito Perfecto (*hemos y habéis*) y las que conforman el resto de los tiempos compuestos no funcionan como formas clíticas y, por tanto, la construcción se halla en la primera fase de la morfologización, la “clitización”, y sin que se atisben cambios que hagan suponer la existencia de una tendencia a completar esa “clitización”.

Desde un punto de vista sincrónico, hemos de tener en cuenta que las perífrasis verbales poseen naturaleza premorfológica, es decir, en el momento en que sufran un proceso de morfologización dejarán de ser consideradas tales. Es decir, las perífrasis verbales serían un recurso únicamente morfológico —y no

---

41. Recordemos que la creación del sistema de los tiempos compuestos en las lenguas romances tiene su origen en la gramaticalización del Pretérito Perfecto de indicativo, el cual motivó el desarrollo de formas analógicas en los restantes tiempos del *perfectum*.

morfosintáctico— si el auxiliar se convirtiera en un afijo inutilizable sin un lexema verbal al que unirse, pero la fusión va en contra del propio concepto de *perífrasis* como combinación de dos o más formas (véase el apartado 2.2.2.2.1). Cabría preguntarse, entonces, si alguna perífrasis verbal del español se encuentra en el estado actual de lengua en la fase de “clitización” o en la fase de aglutinación.

Las perífrasis verbales constituyen un ejemplo, al igual que las formas compuestas de la conjugación, en el que no se llega a la fusión de los constituyentes gramaticalizados (tercera y última fase de la morfologización), pero en el que puede sostenerse que se encuentran en la fase de aglutinación. Por supuesto, dar por sentado que todas las perífrasis verbales y las semiperífrasis verbales se encuentran en la misma fase de gramaticalización supondría incurrir en una simplificación excesiva<sup>42</sup>. Como hemos venido mencionando, los constituyentes de las perífrasis verbales forman una unidad gramatical, a pesar de que presentan una forma analítica. Las perífrasis verbales son combinaciones pluriverbales que significan en bloque y que pueden aparecer en los mismos contextos que un verbo simple. El hecho de que presenten una forma gráfica discontinua no influye en su consideración de unidades indivisibles ni, en consecuencia, en su consideración de categorías gramaticales. Los elementos que forman estas secuencias no poseen una sintaxis independiente. Si estas secuencias se equiparan a un elemento léxico como es el verbo, entonces al igual que este, son primitivos de la sintaxis, en cuanto que representan una categoría léxica (V) que es la base de una expansión sintáctica ulterior (SV).

Podemos tomar como ejemplo la perífrasis verbal “*ir a + infinitivo*”, que expresa un matiz temporal de futuro inmediato con la finalidad de comprobar en qué grado de morfologización se encuentra. Se observan las siguientes manifestaciones de tipo morfosintáctico:

1. El verbo *ir* ha sufrido una descategorización: ya no funciona como verbo pleno en enunciados como (7a), sino que su aportación es básicamente morfológica (persona, número, tiempo, modo, etc.).

---

42. Puede consultarse Yllera (1980) para determinar el origen y desarrollo de las perífrasis verbales de la lengua española. Aun así, en principio, no hay indicios para afirmar que el ritmo de gramaticalización haya de ser en todas ellas el mismo.

- (7) a. *Van a producirse chubascos durante el fin de semana.*

2. Esta descategorización va acompañada de un reanálisis, de una alteración en la estructura morfosintáctica de la construcción, pues la organización de los constituyentes se ha visto modificada, de tal forma que la relación entre los miembros de la construcción ya no es [IR [A + INFINITIVO]], sino [IR A + INFINITIVO]. Manifestaciones de la falta de autonomía entre los constituyentes son el hecho de que la inversión del orden de los constituyentes, como en (8a), sea imposible y el hecho de que la inserción de elementos, exceptuando los pronombres tónicos, sea imposible también, como demuestran (8b) y (8c). Sin embargo, sí son posibles las coordinaciones, siempre y cuando la secuencia reiterada sea “nexo + infinitivo”, como en (8d).

- (8) a. \**A explicarle va lo que ha ocurrido.*  
b. \**¿Vas esta tarde a salir?*  
c. *¿Dices que va él a perdonarte?*  
d. *Va a correr y a saltar hasta caer rendido.*

De acuerdo con estos hechos, lo que antes eran dos constituyentes (verbo y sintagma preposicional) han acabado conformando una unidad semántica y sintáctica. Esto significa un incremento de la cohesión entre los miembros de la estructura gramaticalizada y el consiguiente cambio en el tipo de relación gramatical que mantienen entre sí: el sintagma preposicional ya no es un argumento del verbo, sino que forma, junto con el verbo usado como auxiliar, una nueva estructura para indicar tiempo futuro.

Por otra parte, algunas de las formas verbales de *ir*, precisamente por ser monosilábicas, podrían ser consideradas formas clíticas y, en consecuencia, podrían encontrarse en fase de “clitización” y, así, mostrar cierta tendencia a gramaticalizarse más todavía frente a las otras formas verbales del verbo *ir* y frente a otros verbos usados como auxiliares que presentan formas polisilábicas.

Como hemos observado, no todo proceso de gramaticalización concluye en morfologización. Asimismo, hemos de añadir que no toda morfologización concluye con la fusión de los elementos que integran la secuencia gramaticalizada:

en ocasiones, la reestructuración de la estructura morfosintáctica no trasciende el nivel gráfico. Todo ello pone de manifiesto que la morfologización y, en consecuencia, la gramaticalización son fenómenos graduales o escalares.

En la gramaticalización, como en todo proceso gradual, se pueden distinguir varias etapas:

a) en una primera etapa, una palabra o una construcción existente en la lengua adquiere nuevos valores semánticos, relacionados con el originario;

b) en la segunda, la pieza o piezas afectadas, independientes desde el punto de vista sintáctico, se convierten en dependientes en ciertos contextos y desarrollan funciones sintácticas nuevas para ellas. Asimismo, pueden sufrir modificaciones que afecten el plano fonológico;

c) en la tercera fase, se produce la generalización de la pieza o piezas gramaticalizadas a nuevos ámbitos de uso mediante la analogía y, posteriormente, su consolidación en la lengua. La *analogía* suele concebirse como un fenómeno que se produce en la evolución de una lengua por la tendencia universal a generalizar la regularidad del sistema. Uno de los ejemplos más citados lo constituye la creación del vulgarismo *andó* (forma regular) en lugar de *anduvo* (forma irregular) por analogía con el modelo de *cantó*, *marchó*, etc. Sin embargo, la analogía puede actuar en otro sentido: permite que la pieza o piezas afectadas por el proceso de gramaticalización extienda su ámbito de uso y que aparezca en contextos sintácticos que antes le estaban vedados. Por tanto, en este sentido, la analogía reduce las restricciones de selección de la pieza o piezas en cuestión. Gracias a la analogía se pone de manifiesto la existencia del cambio semántico y del cambio morfosintáctico, debido a la situación en contextos novedosos de la unidad o la construcción gramaticalizadas. La analogía, en su doble faceta, siempre actúa en los estadios finales de la gramaticalización, permitiendo la consolidación de ciertos fenómenos evolutivos y el mantenimiento, frecuentemente, tanto de la estructura no gramaticalizada como de la estructura gramaticalizada. En consecuencia, no existe gramaticalización sin analogía, pero, en contrapartida, la analogía es independiente de la gramaticalización.

### 3.4.1.3. El nivel fonológico en los procesos de gramaticalización

A diferencia del tratamiento de los cambios semánticos y morfosintácticos que experimentan las palabras a lo largo de los procesos de gramaticalización, analizaremos con menor profundidad las transformaciones fonológicas que acompañan a tales procesos. Esta actitud responde a su menor importancia en los procesos de gramaticalización, ya que los cambios fonológicos son, en general, el resultado de la gramaticalización y no un condicionante de esta.

Desde el punto de vista sincrónico, entraña gran dificultad apreciar variaciones fonológicas en el empleo de las palabras gramaticalizadas frente a las no gramaticalizadas, o en el empleo de una misma palabra en un uso gramaticalizado frente a un uso no gramaticalizado, debido a la presión ejercida por la norma escrita. Desde el punto de vista diacrónico, este tipo de cambios es el que resulta más difícil de comprobar, debido a que los textos escritos no siempre ofrecen datos sobre este nivel de análisis lingüístico.

Posiblemente, las dos propiedades fonológicas más características de los procesos de gramaticalización sean la “*clitización*” y la *erosión*. En cuanto a la “*clitización*”, como indicábamos más arriba, este proceso consiste en la pérdida del acento de intensidad por parte de la voz gramaticalizada, la cual pasa a depender del acento de alguna palabra contigua. Se puede observar, en consecuencia, una relación entre el nivel fonológico y el nivel morfosintáctico de la construcción gramaticalizada.

Por lo que respecta a la erosión o reducción del cuerpo fonético —que afecta no necesariamente a las expresiones que se gramaticalizan—, esta puede manifestarse mediante la síncope, de modo que la forma gramaticalizada pierde alguno de sus fonemas. Esta erosión puede ser debida al hecho de que las formas gramaticalizadas tienen una elevada frecuencia de uso y debido a la relación proporcional existente entre el contenido semántico de una palabra y su entidad fonética (es decir, a mayor grado de gramaticalización, contenido semántico más abstracto y menor cuerpo fonético).

Otros fenómenos más secundarios, como el alomorfismo, los encontramos escasamente representados en el ámbito de las perífrasis verbales. Así, por ejemplo, tenemos los alomorfos de las formas *ha* y *hay* para la tercera persona del singular del verbo *haber*. La variante *ha* se utiliza como auxiliar en los tiempos compuestos y en la perífrasis verbal obligativa “*haber de + infinitivo*”. Por su parte, la variante *hay* puede presentar un uso absoluto, cuando significa ‘existir, ser tenido o estar, celebrarse u ocurrir’ y un uso auxiliar en la perífrasis obligativa “*haber que + infinitivo*”, la cual se aplica sólo a la tercera persona del singular.

En definitiva, los trabajos sobre gramaticalización tienden a establecer una estrecha conexión entre todos los niveles lingüísticos: el semántico, el morfosintáctico y el fonológico. A medida que una palabra desarrolla un significado más abstracto y más relacional, evoluciona hacia categorías inferiores y tiende a emplearse con más frecuencia, lo que favorece su desgaste fónico.

#### 3.4.2. La lexicalización y las unidades fraseológicas verbales

El interés que han suscitado a partir de los años ochenta los procesos de gramaticalización, tanto desde un punto de vista sincrónico como desde un punto de vista diacrónico, ha quedado plasmado en la publicación de numerosos trabajos: en concreto, monografías, artículos en publicaciones periódicas especializadas y volúmenes colectivos. Sin embargo, los estudios sobre los procesos de lexicalización no han experimentado un desarrollo semejante, sino que se encuentran en fase embrionaria. Consecuentemente, no podemos hablar de una propuesta teórica que permita englobar los principios de análisis de los procesos de lexicalización, es decir, no existe como tal una *teoría de la lexicalización*, a diferencia de lo que ocurría con los procesos de gramaticalización. Ahora bien, sí que existen intentos rigurosos de investigación de estos procesos por parte de diversos autores (Talmy, 1985; Pawley, 1986; Lehmann, 1989; Lipka, 1992; entre otros).

Al igual que sucedía con la gramaticalización, podemos abordar los procesos de lexicalización desde una perspectiva diacrónica y desde una perspectiva

sincrónica. Nuestro enfoque adoptará un punto de vista sincrónico, con posibles incursiones en la vertiente diacrónica.

La lexicalización representa el medio más conciso y económico de denominar fenómenos y entidades. En este sentido, las unidades léxicas pueden ser productos de condensación y abreviación de informaciones sintagmáticas; asimismo, reflejan hábitos de pensamiento y estructuras culturales. En una primera aproximación, la lexicalización produce el efecto de transferir información desde la dimensión sintagmática (una combinación de palabras) a la dimensión paradigmática (un único elemento léxico). Además, lexicalizar un significado supone proporcionar un término para él, de forma que los sentidos que no poseen actualmente denominación están dispuestos a verse afectados por un proceso de lexicalización en cualquier momento. De ahí que las unidades léxicas respondan a las necesidades comunicativas, aunque con cierto desfase temporal.

Los factores que favorecen la lexicalización son múltiples y heterogéneos, de forma que se conjugan parámetros sociológicos (ciertas secuencias serán más fácilmente lexicalizadas en un sociolecto o en un tecnolecto determinado), pragmáticos (se lexicalizan en una determinada situación comunicativa), cognitivos (se lexicalizan en la medida en que están adaptadas a nuestros modos de conceptualizar) y lingüísticos (se lexicalizan porque responden a unas necesidades denominativas). En consecuencia, de todas las secuencias que se pueden lexicalizar, sólo una pequeña parte son lexicalizadas.

En suma, determinadas secuencias se lexicalizan porque son “lexicalizables” y porque responden a unas necesidades denominativas de manera adecuada. Como veremos más adelante, la irregularidad, la pérdida de motivación y la fijación que caracterizan, al menos en una primera toma de contacto, a estas secuencias no son causas de la lexicalización, sino más bien consecuencias de ella.

Varios factores relacionados con el modo de construcción de una secuencia constriñen la posibilidad de que esta llegue a convertirse en una unidad léxica:

1. La longitud y la complejidad de la estructura: La recursividad, en la práctica, muestra sus limitaciones.

2. El tipo de estructura: Es sabido que estructuras como “verbo-(art.)-sustantivo” o “sustantivo-*de*-sustantivo” constituyen en la lengua española esquemas perfectamente disponibles para la lexicalización.

3. La naturaleza del mecanismo lingüístico que origina la estructura, es decir, si la lexicalización parte del plano morfológico o parte del plano sintáctico. Tanto el nivel morfológico como el nivel sintáctico son aptos para generar unidades léxicas complejas candidatas a convertirse en unidades fraseológicas. De ahí la diversidad de estructuras que presentan las secuencias que han experimentado o experimentan un proceso de lexicalización.

Por una parte, el término *lexicalización*, en sentido amplio, es sinónimo de *fosilización* y, como tal, designa el fenómeno lingüístico que interviene, por ejemplo, en la composición de unidades léxicas y en la formación de acrónimos a partir de siglas. Por otra parte, en sentido estricto, el término *lexicalización* designa el fenómeno lingüístico por el cual ciertas unidades gramaticales se convierten en unidades léxicas con un valor referencial, o bien el proceso lingüístico por el cual determinadas formas léxicas adquieren un significado más referencial que el que poseían en un principio. Por tanto, en este último sentido, la lexicalización conduce desde el plano gramatical hasta el plano léxico o tiene lugar en un plano puramente léxico.

Algunos autores parecen usar indiscriminadamente ambos sentidos del término y, lo que es quizás más grave, emplean el término *lexicalización* en sentido amplio con excesiva frecuencia, contrariamente a lo que cabría esperar. Esta falta de precisión en la terminología puede no sólo ocasionar confusiones en el seno de los procesos de lexicalización, sino también entre los procesos de gramaticalización y los procesos de lexicalización. Observemos a continuación algunos ejemplos seleccionados que ponen de manifiesto la aparente falta de distinción entre ambos tipos de fenómenos lingüísticos:

“Es sabido que algunos sintagmas, las llamadas ‘frases hechas’, presentan muchas similitudes con los compuestos: tienen un significado único, a menudo *lexicalizado*<sup>43</sup> (*a pies juntillas* = ‘con los pies juntos’ → ‘firmemente, con seguridad’), presentan sus constituyentes (...)” (Varela, 1990: 104).

---

43. La cursiva es nuestra.



Para el uso del término *lexicalizado* en el fragmento inmediatamente superior caben dos posibles interpretaciones. La primera es que equivalga a ‘fosilizado lingüísticamente’ o ‘estereotipado’, es decir, que se use el sentido amplio del término en lugar del sentido estricto. La segunda es que se aplique *lexicalizado* en sentido estricto para designar lo que para nosotros es un ejemplo de un proceso de gramaticalización: *a pies juntillas*.

En el siguiente fragmento, no queda claro si las locuciones aludidas (*en lugar de, en vez de, gracias a, en torno a, etc.*) son ejemplos de procesos de lexicalización o de procesos de gramaticalización:

“Las locuciones prepositivas del segundo tipo presentan distinto grado de integración. Muchas de ellas son el resultado de un proceso de *lexicalización* y especialización semántica, por el que el sintagma correspondiente ha perdido su valor léxico para conservar un significado *gramaticalizado* y operacional.” (Corpas, 1997: 106)<sup>44</sup>.

Para nosotros, estas locuciones prepositivas son resultado de un proceso de gramaticalización, porque se pueden observar en ellas las características que definen estos procesos en los diferentes niveles de análisis lingüístico, especialmente, en el nivel semántico (evolución hacia un significado relacional) y en el nivel morfosintáctico (descategorización)<sup>45</sup>.

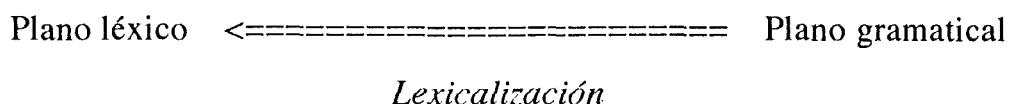
El hecho de que varios términos constituyan una unidad fraseológica, es decir, funcionen juntos como una expresión fija sin fusión gráfica no significa necesariamente que hayan experimentado o experimenten un proceso de lexicalización, sino que se ven afectados por la rutinización —mecanismo común tanto a los procesos de gramaticalización como a los procesos de lexicalización— según el cual la reiterada presencia de un elemento en un contexto permite que este acabe adquiriendo el significado del conjunto de la construcción. Por tanto, existen unidades fraseológicas que han experimentado o experimentan un proceso de gramaticalización.

---

44. La cursiva es nuestra.

45. Para una explicación más detallada se puede consultar el apartado 3.4.1.

Volviendo a la lexicalización, consideramos que esta es un proceso unidireccional, esto es, irreversible. En efecto, cuando un elemento gramatical se convierte en unidad léxica, no puede “volver” a su condición gramatical. La irreversibilidad se manifiesta en todos los niveles de análisis lingüístico: semántico, morfosintáctico y fonológico. La unidireccionalidad se aprecia en el siguiente esquema:



No obstante, existe la posibilidad de que una forma que pertenece al acervo léxico de una lengua, gracias a que ha completado un proceso de lexicalización, experimente nuevos cambios y, entre ellos, no está descartado un proceso de gramaticalización.

A nuestro modo de ver, podemos apreciar una diversidad en los procesos lingüísticos que tienen como punto de llegada el plano léxico:

1. Por un lado, existe la posibilidad de que el proceso tenga como punto de partida el plano gramatical y como punto de llegada el plano léxico. Es el caso de la lexicalización en sentido estricto, tal y como hemos comentado anteriormente. Por ejemplo, la lexicalización de morfemas derivativos que se convierten en parte del lexema que en un tiempo fue su base. Así, *pañuelo* en relación a *pañó*, o *pasillo* en relación a *paso* constituyen denominaciones individualizadas e independientes, las cuales han perdido toda idea diminutiva. Gil Jiménez (1988) lo expresa así:

“[La lexicalización] es el caso, por ejemplo, de los sufijos formadores de diminutivos que no desempeñan, muchas veces, su significado más general u objetivo de ‘disminución cuantitativa’, ni tampoco sus diversos valores de ‘afecto’, ‘valoración’, ‘fantasía’, etc., pues ha habido una especialización semántica en el signo derivado que, por fijación conceptual del hecho mismo de la designación de objetos, personas o cualidades, ha hecho desaparecer la aminoración valorativa que en un momento dado hubiera podido aportar el derivativo a la base; (...)” (Gil Jiménez, 1988: 40).

En teoría, todos los morfemas derivativos pueden encontrarse en construcciones pertenecientes a diversos grados de lexicalización: desde la falta de integración con la base hasta la integración total. Podemos formular un principio general en relación con el proceso de lexicalización de los morfemas derivativos: el rendimiento funcional de un morfema derivativo está en proporción inversa a su grado de lexicalización<sup>46</sup>. Es decir, si un afijo es muy productivo, tiene menos tendencia a lexicalizarse, y a la inversa.

2. Por otro lado, existe la posibilidad de que el proceso tenga como punto de partida el plano sintáctico y como punto de llegada el plano léxico. En otras palabras, determinados sintagmas o cláusulas pueden sufrir un proceso de lexicalización. Sería el caso de la lexicalización considerada en sentido amplio que, por ejemplo, está presente en la formación de palabras compuestas, como *cuentagotas* (a partir de un sintagma) o *nomeolvides* (a partir de una cláusula).

En este punto podríamos plantearnos algunas preguntas: ¿Son las dos posibilidades procesos de lexicalización? ¿Debemos utilizar para designarlos el mismo término o términos distintos? ¿Está relacionada la formación de unidades fraseológicas con estos procesos?

En respuesta a la primera pregunta, hemos de decir que, puesto que ambos tipos de procesos tienen como punto de llegada el plano léxico, pueden ser considerados *procesos de lexicalización*, ya que unidades que no eran léxicas acaban siéndolo gracias a que tales procesos se producen.

En cuanto a la segunda pregunta, proponemos, en discordancia con Moreno Cabrera (1996), utilizar el término *lexicalización* para designar ambos tipos de procesos, de forma que puede establecerse un claro paralelismo con el término *gramaticalización* que, recordemos, designaba no sólo los procesos que afectan a unidades léxicas aisladas, sino también los que afectan a estructuras más complejas, como sintagmas, muy frecuentemente, y cláusulas. En consecuencia, el esquema

---

46. Aparte del avanzado grado de lexicalización, otros factores pueden favorecer la limitada productividad de un morfema derivativo: su imprevisibilidad en cuanto al género, su escasa tolerancia a la adjunción con diferentes bases, su tendencia a utilizarse en combinación con otros afijos, etc.

anterior de la unidireccionalidad en los procesos de lexicalización puede presentar alguna modificación en cuanto al punto de partida:

Plano léxico <===== Plano morfosintáctico

### *Lexicalización*

En coherencia, el esquema de los procesos de gramaticalización también sufre esa misma modificación, pero en relación al punto de llegada:

Plano léxico =====> Plano morfosintáctico

### *Gramaticalización*

En cuanto a la tercera pregunta, en nuestra opinión, la lexicalización tiene que ver con la formación de unidades fraseológicas, hasta tal punto que determinadas unidades fraseológicas, tanto idiomáticas como no idiomáticas, son el resultado de un proceso de lexicalización que tiene como punto de partida determinadas unidades sintácticas. En palabras de Moreno Cabrera (1997):

“La lexicalización puede ser completa, es decir, puede obtenerse un elemento léxico indescomponible a partir de una construcción sintagmática, como en el ejemplo que acabamos de ver [*ecce ille > aquél*], (...); o bien puede producirse una locución fija de estructura reconocible, aunque no modificable: es el caso de las locuciones o frases hechas.” (Moreno Cabrera, 1997: 231).

En efecto, por ejemplo, *poner pies en polvorosa* constituye una unidad con un significado léxico (‘escapar o huir a toda prisa’, según *DFEM*), pero no ha llegado, como en el caso de *nomeolvides*, a conformar un todo léxico no segmentable, ya que el verbo *poner* puede concordar en persona y número y flexionarse en cuanto al tiempo, cosa que no puede hacer el elemento verbal de *nomeolvides*, que, junto con el resto de elementos, forma un sustantivo. En general, por tanto, las unidades fraseológicas no han visto completado su proceso de lexicalización, que finalizaría con la fusión material que da origen a un nuevo elemento léxico.

Diferimos del punto de vista de Salvador (1994-95), para el cual la fraseología tiende a convencionalizar unos usos que “se esclerotizan” como estructuras de la lengua mediante los procesos de gramaticalización. Según este autor, el efecto de la convencionalización<sup>47</sup>, como él la denomina, es la gramaticalización; en nuestra opinión, sin embargo, la lexicalización también implica convencionalización; de ello nos ocuparemos más adelante.

Varios autores, especialmente desde la corriente de la gramática generativa y transformacional, hablan de la “cristalización” de construcciones sintácticas, ya que las unidades fraseológicas no se pueden generar a partir de la aplicación de las reglas gramaticales vigentes y, en ese sentido, constituyen una anomalía.

Es cierto que una parte de las unidades fraseológicas, especialmente aquellas que presentan un elevado grado de idiomática, se resisten a someterse a las reglas de una gramática de estructura sintagmática debido a la irregularidad, a la defectividad, a la no composicionalidad semántica... que poseen. Esa resistencia coexiste, en cambio, con la capacidad que tienen de adscribir al hablante que las emplea a una comunidad lingüística, ya que la no utilización o el mal uso de estas delata una merma de la competencia lingüística por parte del hablante. Resulta así que una zona “periférica” de la gramática de una lengua, la fraseología, se erige en representante “central” o “prototípico” de la manera de decir de una comunidad (cf. Salvador, 1994-95). López García (1990) lo expone así:

“Considerar los modismos desde el punto de vista de la ‘defectividad’ significa desterrarlos al dominio de lo que la escuela de Praga llamó la ‘periferia’ de la lengua, a pesar de que constituyen lo más característico de cada idioma (y de ahí el concepto de ‘expresiones idiomáticas’).” (López García, 1990: 195-196).

Mediante la lexicalización, algunas estructuras sintácticas adquieren un significado léxico y pierden las características compositivas típicas de los sintagmas; en otras palabras, esas estructuras ya no están formadas por elementos independientes con significado propio que se articulan para desempeñar una función en el seno de la oración, sino que funcionan como elementos cuyos constituyentes no son segmentables y expresan un significado global.

---

47. Mediante la convencionalización, el significado que es inferible de un determinado contexto pasa a formar parte de la estructura semántica de la construcción.

Mientras tiene lugar el proceso de lexicalización, una construcción sintáctica ve restringido el número de contextos sintácticos en los que puede aparecer y va ganando autonomía hasta, en ocasiones, llegar a convertirse en una unidad léxica. Por tanto, en este proceso, el léxico se enriquece, pero la sintaxis y, en ocasiones, la morfología se empobrecen<sup>48</sup>.

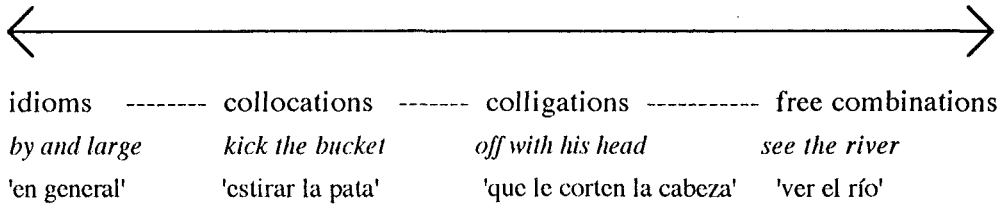
En una concepción “fluida” o “no discreta” de la lengua podemos hablar de la lexicalización, al igual que hacíamos con la gramaticalización, desde una perspectiva sincrónica, como una categoría lingüística que refleja la estructura de un *continuum*, en el que los elementos lingüísticos están ordenados según el grado de integración en el plano léxico que presentan. Así, Wood (1981), por un lado, y Nattinger—DeCarrico (1992), por otro, al estudiar los fraseologismos, sostienen que no existe un corte cualitativo entre sintaxis creativa y sintaxis “prefabricada”<sup>49</sup>. Estas se localizan tan sólo en los polos opuestos de un *continuum*, separadas por diferentes estadios de variación sintáctica y de variación semántica, o si se prefiere, de fijación y de composicionalidad. Hemos de añadir que es sumamente importante destacar que el hecho de caracterizar los distintos tipos de fraseologismos como formantes de una gradación no ha de suponer ambigüedad o vaguedad. Dentro de la variación existen unos estadios bien definidos y delimitados; son las fases intermedias que comparten características de dos estadios contiguos o próximos entre sí las que no son discretas. Tanto Wood (1981) como Nattinger—DeCarrico (1992) dejan claro que los *idioms* suponen el grado máximo de fijación y el grado máximo de no composicionalidad<sup>50</sup>. Veamos un gráfico que proponen estos dos últimos autores:

---

48. Moreno Cabrera (1997: 233) recoge el siguiente universal lingüístico: “Toda lengua enriquece su léxico mediante la lexicalización”.

49. Cf. con la noción de *discurso repetido* de Coseriu.

50. “An idiom is a complex expression which is wholly non-compositional in meaning and wholly non-productive in form” (Wood, 1981: 95).  
“A fully non-compositional, non-productive collocation is a true idiom, a truly frozen piece of language” (Nattinger—DeCarrico, 1992: 177).



Cualquier elemento puede ser ubicado a lo largo de la escala en relación a los dos puntos extremos: cuanto más cercano esté un elemento al punto inicial, más lexicalizado está, y a la inversa. Asimismo, un elemento situado a la izquierda de otro está más lexicalizado que este, y viceversa. Consecuentemente, las unidades fraseológicas pueden ser consideradas fijaciones estructurales de unos usos que han ido convencionalizándose a lo largo de la historia de la lengua; pero están presentes, con una variedad de estadios, en un mismo estadio sincrónico.

De esta forma, al igual que ocurría con las construcciones en las que intervienen semiauxiliares en relación a la gramaticalización, las colocaciones no constituirían ejemplos prototípicos o centrales de lexicalización. En este mismo sentido, Wotjak (1983, 1996) aplica a la fraseología española los conceptos de *centro* y *periferia*<sup>51</sup>, propuestos por el Círculo Lingüístico de Praga, y localiza las unidades fraseológicas idiomáticas en el centro y el resto de las unidades fraseológicas no idiomáticas en la periferia.

En el transcurso de la lexicalización las piezas se ven afectadas por alteraciones de índole semántica, morfosintáctica y fonológica simultáneamente en distintas etapas del proceso. Empezamos por las modificaciones de tipo semántico.

#### 3.4.2.1. El nivel semántico en los procesos de lexicalización

Hemos de partir, en primer lugar, de la constatación de que no es posible identificar *proceso de lexicalización* y *cambio semántico*, porque ello supondría desestimar las modificaciones morfosintácticas y fonológicas que este proceso

51. Para la distinción *centro/periferia* puede consultarse el apartado 3.3. de este trabajo.

conlleva. Por tanto, la lexicalización supone un cambio de significado, pero no única y exclusivamente, como veremos en los siguientes apartados.

En cuanto a la lexicalización de morfemas derivativos, podemos afirmar que existen casos en los que el valor semántico del morfema se nos difumina o se nos pierde completamente. Tomemos, por ejemplo, el prefijo *re-* aplicado a verbos<sup>52</sup>. En primer lugar, existe una serie de verbos en los que dicho morfema indica ‘repetición’ (*reelegir, realquilar, reconstruir, recalentar*, etc.). Incluso podríamos aislar un grupo de verbos en los que el prefijo *re-* tendría un valor de ‘perfectividad’ (*recortar, rematar, recoser...*). Puede también expresar ‘retroceso’ o ‘vuelta hacia atrás’ en verbos como *refluir* o *revertir*. Asimismo, presenta un valor de ‘intensificación’ en *recalcar* o *remachar*. Sin embargo, resultaría muy difícil aislar el valor semántico de dicho prefijo en verbos como *reconocer, representar* o *recoger*. A diferencia de lo que ocurría en los ejemplos anteriores, parece complicado definir estos verbos identificando en *re-* un valor semántico en función de *conocer, presentar* o *coger*. En tales casos no diríamos que el morfema *re-* es una unidad gramatical que remite a un significado (léxico o no). Menos problemáticos resultan los casos en que la base léxica sobre la que se apoya *re-* no existe ni siquiera en la lengua actual, como en *recibir, reducir* o *remitir*. En estos ejemplos *re-* no puede ser analizado como morfema derivativo y su función es puramente distintiva en el nivel de los lexemas; es decir, habrá en español un lexema *recib-* que se opone a un lexema *percib-* y a otros, donde *re-* y *per-* son elementos formales distintivos que se oponen en el plano fonológico exclusivamente. En resumen, *re-* en *recibir* no es un prefijo porque no funciona como tal, aunque presente la misma forma que *re-* en *reelegir*, donde sí que es un prefijo. Este hecho es debido a que *re-* en *recibir* presenta un grado de lexicalización total.

El morfema establece casi siempre una relación formal con su base<sup>53</sup> y sólo algunas veces una relación semántica perceptible sincrónicamente. Por supuesto,

---

52. El prefijo *re-* antepuesto a adjetivos (*resalado*) e incluso a adverbios (*rebién*) tiene un uso hiperbólico.

53. El grado de irregularidad en el aspecto formal que presentan base y derivado puede variar: existen casos de alomorfía condicionada fonológicamente (*opaco-opacidad*), casos de alternancia “forma popular/forma culta” (*leche-lácteo*) y casos de suplección léxica (*juego-lúdico*).



casi siempre es posible rastrear en la evolución histórica de la lengua el valor semántico de un morfema. Cuando sea imposible establecer sincrónicamente una relación semántica entre la base y el morfema diremos que la unidad léxica así formada carece de *motivación*. Ahora bien, no es nada sencillo decidir cuándo deja de estar motivada una unidad léxica<sup>54</sup>.

En un corte sincrónico, la coexistencia de diversos valores para una misma expresión, con una interpretación literal y otra u otras no literales, origina diversos fenómenos de polisemia. Recordemos que la formación de unidades léxicas complejas constituye uno de los procedimientos utilizados en la *neología semántica* o creación de nuevos significados para significantes ya existentes en la lengua, de forma que esta constituye un caso especial de polisemia con un rasgo diacrónico de novedad en el empleo, en el sentido. Consideremos a continuación los siguientes ejemplos:

- (1) a. *El animal, a pesar de todo, estiró la pata.*
- b. *¿Por qué insistes en llevarme al huerto?*
- c. *Te aconsejo que no le hagas la cama.*

La ambigüedad en la expresión de la intención comunicativa del hablante viene dada en estas oraciones porque estamos ante enunciados sin contexto lingüístico previo y porque estamos ante textos escritos, carentes, por tanto, de las modulaciones de entonación de un texto oral. En (1a) *estirar la pata* puede significar literalmente ‘poner tensa la extremidad de un animal’ o figuradamente ‘(inf.) morirse’ (*DUE*).

En (1b), *llevar a alguien al huerto* presenta varias interpretaciones: la literal es ‘conducir a una persona a un terreno cultivado’ y las no composicionales son ‘(inf.) conseguir una persona que otra acceda a mantener relaciones sexuales con ella’ (*DUE*) y, por extensión, ‘(inf.) conseguir alguien que otro acceda a sus pretensiones’ (*DUE*). De esta forma, el significado originario ha dado lugar a un significado derivado y de este, a su vez, se ha derivado un tercero. Únicamente en

---

54. Más adelante profundizaremos en la cuestión de la motivación.

las dos últimas interpretaciones la secuencia *llevar al huerto* puede ser considerada unidad fraseológica.

De los tres ejemplos, quizás (1c) resulta el más interesante, puesto que en realidad *hacer la cama a alguien* posee tres posibles interpretaciones debido al distinto grado de idiomatidad de los componentes en cada una de ellas: 'construir una cama para alguien', 'levantar las ropas después de haber dormido en ella y volver a colocarlas ordenadamente para alguien' (*DUE*) y 'trabajar en secreto para causar daño a alguien' (*DUE*). En la primera interpretación el significado de la expresión es literal o referencial; en la segunda, sólo el segundo componente conserva su significado; de hecho, por eso aparece recogida la expresión en el diccionario. Por último, en la tercera, el significado es totalmente idiomático o no composicional. Solamente en las dos últimas interpretaciones nos encontramos ante unidades fraseológicas.

En muchas ocasiones, como en el caso de *hacer la cama* en la interpretación de tarea doméstica, el significado derivado sigue siendo referencial, es decir, no se trata de un valor específico de carácter emotivo, estilístico o pragmático-discursivo el que provoca la especialización semántica. El significado derivado, aun siendo referencial, es figurado, pero la imagen que motiva la transferencia figurativa es clara. En otras ocasiones, el valor semántico de la unidad fraseológica no puede derivarse directamente a partir de su significado referencial o literal porque se ha perdido la motivación y ese significado idiomático debe ser aprendido por el hablante.

Como ocurría con la gramaticalización, cada uno de los valores de una expresión lexicalizada o en vías de lexicalización se origina en contextos comunicativos muy concretos, con finalidades expresivas y comunicativas, y se empieza a utilizar por parte de los hablantes de forma irregular. La institucionalización en una comunidad lingüística de la expresión depende del éxito de la difusión, sujeta a la intervención de factores históricos, sociales, psicológicos, lingüísticos, etc. En este sentido, el cambio semántico que acompaña a la lexicalización no difiere del cambio semántico en general.

Como ya mencionamos al hablar de los aspectos semánticos que presentaban las colocaciones, la vinculación de determinados términos con otros, de modo que constituya una unidad fraseológica, produce un cambio de significado en la expresión resultante, consistente en la pérdida de unos rasgos y en la adición de otros. Es precisamente el cambio semántico el que precede a los cambios en el nivel morfosintáctico y en el nivel fonológico y, en parte, los propicia. En el paso de la sintaxis libre al léxico que constituye el proceso de lexicalización, los fraseologismos y, en concreto, los fraseologismos verbales, se conforman como unidades “preléxicas”, en el sentido de que, a pesar de ser utilizados como unidades léxicas, no acaban de estar formados como tales, puesto que sus elementos integrantes no han alcanzado el grado de fusión ortográfica. La naturaleza semántica especial que poseen se debe a su tendencia a convertirse en signos no motivados.

Ya hemos mencionado que los procesos de lexicalización no afectan sólo a términos aislados, sino que también se lexicalizan estructuras más complejas, frecuentemente sintagmas. Así, por ejemplo, el desarrollo de una unidad fraseológica verbal a partir de una secuencia no supone únicamente la lexicalización del verbo conjugado, sino de toda la construcción por completo. El hecho de que la lexicalización afecte a unidades lingüísticas superiores a la palabra permite explicar la lexicalización de un mismo término con valores distintos. De esta forma, en una consideración sincrónica, por ejemplo, el verbo *tomar* en *tomar el pelo*, *tomar las de Villadiego*, *tomar a (...)*, *tomar por (...)*, *tomarla con (...)*, etc. presenta diversos valores que surgen en contextos sintácticos diferentes. En realidad, igual que ocurría con los procesos de gramaticalización, deberíamos hablar no del vaciamiento semántico, sino del cambio de significado que experimentan los verbos que sufren procesos de lexicalización. Estos verbos, al formar parte de unidades fraseológicas, han pasado a depender estrechamente del significado contextual que les proporciona el resto de integrantes de la secuencia.

La lexicalización es un proceso lingüístico gradual en cada uno de los niveles de análisis establecidos: el nivel semántico, el nivel morfosintáctico y el nivel fonológico. Por lo que concierne al nivel semántico, la evolución de un significado gramatical a otro léxico o la evolución de un significado léxico a otro todavía más

referencial se produce de forma continua y progresiva, de modo que entre el significado original y el final pueden observarse valores intermedios, los cuales, en muchas ocasiones, se solapan. Detengámonos en los siguientes ejemplos:

- (2) a. *Sacó las plantas al balcón.*
- b. *Ponte recto y saca pecho.*
- c. *Todavía no ha sacado sus mañas.*
- d. *Él saca siempre sus millones.* (Adaptado de DUE, p. 1003)
- e. *Él saca a relucir siempre sus millones.*

En (2a) tenemos el verbo *sacar* con su significado original de ‘extraer’ y en (2e) aparece el verbo *sacar* en un uso lexicalizado, formando parte de una unidad fraseológica, *sacar a relucir*, que tiene el valor de ‘decir o citar algo en una conversación o una exposición. Implica frecuentemente que se hace sin oportunidad’ (DUE). Como valores intermedios tenemos los casos (2b-d): en (2b) *sacar* aparece en un uso pleno y aporta un matiz de ‘prominencia’ a la noción de ‘extraer’; en (2c) tiene el valor de verbo pleno con el significado de ‘mostrar’; por último, en (2d) el valor de este verbo usado como pleno tiene que ver con ‘nombrar una cosa, hablar de ella o citarla’. La conexión entre las principales acepciones de este verbo se hace patente de la siguiente manera: *sacar* cambia su ámbito de aplicación al pasar del espacio físico a la esfera personal, con lo cual adquiere un valor egocéntrico. A partir de este momento, el verbo expresa relaciones del hablante con elementos de su entorno inmediato. El hecho de que el hablante haga que algo adquiriera prominencia, supone que es percibido por los demás como tal, aunque el hablante no tuviera necesariamente la intención de mostrarlo. Posteriormente, este verbo especializa de nuevo su ámbito de aplicación: de la esfera personal pasa a ser usado en la actividad más característica del ser humano, la comunicación, la cual, por antonomasia, es comunicación oral. El matiz de ‘intención de mostrar algo’ sobrevive en la acepción de la unidad fraseológica, pero adquiere connotaciones negativas: ‘de manera poco conveniente’ e, incluso, ‘de forma presuntuosa’.

Tal como dijimos al hablar del nivel semántico en los procesos de gramaticalización, es indudable que también en las relaciones entre los significados de partida y los de llegada en los procesos de lexicalización desempeñan un papel primordial los mecanismos metafóricos y metonímicos. El estudio de su influencia queda reservado para el apartado 3.4.3.

#### 3.4.2.2. El nivel morfosintáctico en los procesos de lexicalización

Como hemos mencionado, los elementos periféricos son aquellos que no están integrados en el sistema o que no lo están totalmente. La presencia de elementos periféricos se da en todos los niveles de análisis lingüístico.

Estos elementos periféricos, a lo largo de su existencia, pueden sufrir distintos procesos:

- a) el mantenimiento de su *status* periférico
- b) la asimilación y posterior inclusión en el sistema, esto es, la integración propiamente dicha en el sistema
- c) un tipo de integración especial según la cual la expresión conserva su estructura formal a cambio de sufrir un *reanálisis*. Recordemos que este fenómeno lingüístico provoca una reorganización de los límites entre los constituyentes de la expresión afectada.

Ya hemos visto que el reanálisis tenía lugar en los procesos de gramaticalización; este es el momento de constatar que el reanálisis también se produce en los procesos de lexicalización. Ya en 1966, uno de los lingüistas más destacados del Círculo Lingüístico de Praga, Josef Vachek, afirmaba lo siguiente:

“A specific case of integration of a peripheral element can be found in those instances in which such an element preserves its formal structure (i. e. is not assimilated formally to the more central elements of the system) at the cost of being re-evaluated functionally.” (Vachek, 1966b: 25).

La denominación de *re-evaluación funcional* equivale al término *reanálisis*. El mérito de Vachek reside no sólo en anticiparse casi tres décadas a la eclosión del concepto de *reanálisis* —debido al auge de la bibliografía existente sobre los

procesos de gramaticalización—, sino también en aplicar este concepto a los procesos de lexicalización. En el ámbito español, Mendívil (1990a) se hace eco de las palabras de Vachek (1966b) y escribe:

“Podríamos expresar el fenómeno de la lexicalización de sintagmas verbales con la intersección (C) de dos conjuntos (A y B) siendo el conjunto A el de sintagmas o frases (sintagma verbal), B el de unidades léxicas simples (verbo) y C el campo ‘gravitatorio’ complejo. Una unidad lexicalizada sufre un proceso de integración en otro nivel distinto, lo que exige que dicha unidad se ‘re-evalúe’ funcionalmente, aunque su configuración formal sea la originaria, y de ahí la frecuentemente aludida ‘doble naturaleza’ de los modismos verbales.” (Mendívil, 1990a: 713).

Coincidimos con Mendívil, excepto en la consideración de la lexicalización como un fenómeno con repercusiones únicamente en el plano morfosintáctico. Es interesante destacar en este punto que, en la relación centro/periferia, un elemento no sólo puede ser periférico respecto al centro o núcleo de la categoría a la que pertenece —situación que hemos denominado *gradación intracategorial*—, sino que puede estar además en la periferia del núcleo de otra categoría —fenómeno conocido como *gradación intercategorial*—. Esto explicaría por qué las unidades sintagmáticas en proceso de lexicalización comparten propiedades de niveles distintos y son consideradas formas “híbridas”: ya han dejado de ser sintagmas, pero todavía no son unidades léxicas simples.

El *principio de rehabilitación por reanálisis* es un método de habilitar constituyentes que están subcategorizados por el verbo, es decir, que son argumentos internos de este y que, por distintas razones, han perdido su independencia referencial (no de significado). La vinculación del reanálisis al entorno de subcategorización del verbo predice además el tipo de constituyentes que se incorporarán en una unidad fraseológica, el orden de incorporación entre ellos, etc<sup>55</sup>. Este hecho implica que las estructuras internas que presentan las colocaciones y las locuciones verbales en las distintas clasificaciones vistas en el capítulo anterior (apartados 2.2.1.1 y 2.2.1.2) no sean azarosas.

---

55. Para determinar la incidencia de la *teoría del caso* en el comportamiento sintáctico de las unidades fraseológicas verbales puede consultarse Mendívil (1993a).

Las unidades fraseológicas idiomáticas verbales también han sufrido un proceso de reanálisis: los sintagmas que acompañan al verbo ya no son argumentos y, por ello, toda la expresión se convierte en un predicado complejo reanalizado. En consecuencia, el comportamiento sintáctico de las expresiones idiomáticas no se deriva de las nociones de *fijación* o *cohesión*, sino del carácter conferido por el reanálisis. De hecho, sólo se fijan en expresiones idiomáticas los constituyentes que pertenecen al entorno del sintagma verbal<sup>56</sup>. Asimismo, las restricciones transformacionales, no de carácter léxico, que sufren dichas expresiones son resultado del reanálisis sintáctico de los complementos implicados. Los elementos que acompañan al verbo en una unidad fraseológica idiomática son “constituyentes” no desde el punto de vista de la interpretación semántica ni desde el punto de vista sintáctico, pero sí desde el punto de vista de la información léxica que proporciona el verbo y desde el punto de vista fonológico. Por ello, los constituyentes reanalizados tienen independencia acentual, son frecuentemente conmutados por clíticos, se pueden topicalizar, se puede preguntar sobre ellos, etc. Veamos un ejemplo:

(3) a. — ¿*Qué has dicho que te han tomado?* — *El pelo.*

De este modo, puede afirmarse que todas las unidades fraseológicas presentan una estructura lineal o configuración externa que es aquella que ha sido institucionalizada y memorizada. En las unidades fraseológicas no idiomáticas, la estructura lineal coincide con la estructura sintagmática y, de ahí, surge la interpretación literal. En las unidades fraseológicas idiomáticas, la estructura lineal no coincide con la estructura sintáctica porque ha tenido lugar el fenómeno del reanálisis. Por último, en las unidades fraseológicas desautomatizadas<sup>57</sup>, la existencia de la estructura lineal posibilita que el hablante prescinda del *principio*

---

56. En la mayoría de unidades fraseológicas el sujeto es libre, no está fijado, ya que es la flexión, que nunca está lexicalizada en este tipo de unidades, la que asigna caso nominativo al sujeto. Cuando el sujeto aparece fijado, lo hace en posición postverbal, en ejemplos como *caer chuzos de punta* o *ponérsele [a alguien] los pelos de punta*. Según Mendívil (1993a), estos sujetos se consideran “objetos profundos” que no se desplazan normalmente y que no recibirían caso nominativo.

57. Recuérdese que la desautomatización supone la reactivación del sentido literal originario de las unidades fraseológicas y provoca que la unidad fraseológica gane en connotaciones y que se propicie una reflexión metalingüística por parte del hablante.

*de rehabilitación por reanálisis* y, así, dote a los constituyentes de una nueva independencia referencial. Los elementos desautomatizados se interpretan, entonces, según las reglas generales de la sintaxis. Las expresiones idiomáticas son susceptibles de una consideración de mayor o menor disposición para el uso desautomatizado en función del contexto, de las presuposiciones comunicativas y del grado de opacidad<sup>58</sup>.

Para que el reanálisis tenga lugar es fundamental que la expresión presente ambigüedad estructural, esto es, tenga más de una interpretación semántica que se corresponda con la estructura sintáctica pertinente. Detengámonos en el siguiente ejemplo:

- (4) a. *Con cualquier pretexto saca a relucir lo estupendo que es su coche.*

En (4a) la estructura [*sacar [a relucir]*] ha sido reinterpretada abductivamente como una sola unidad: [*sacar a relucir*]. Este hecho representa el paso desde una estructura [VERBO PRINCIPAL + COMPLEMENTO DE FINALIDAD] hasta otra que es un predicado complejo: [VERBO NO PRINCIPAL<sup>59</sup> + NEXO + VERBO PRINCIPAL]. En este proceso abductivo se partió de una premisa constatable: la secuencia *sacar a* aparece reiteradamente en este orden expresando básicamente ‘mencionar, hacer patente’<sup>60</sup>, y de otra falsa o dudosa: los elementos que aparecen contiguos en el sintagma para expresar un único significado constituyen una palabra. A partir de estos dos presupuestos, puede inferirse que los elementos que conforman la expresión [*sacar a relucir*] son un solo constituyente.

Los efectos que produce el reanálisis son los siguientes:

- 
58. Puede consultarse García-Page (1989) para acceder a un amplio repertorio de unidades fraseológicas que han sufrido procesos de desautomatización o, como el propio autor prefiere, de deslexicalización.
59. Obsérvese que, así como en las perífrasis verbales el verbo flexionado y afectado por un proceso de gramaticalización se denomina *verbo auxiliar* o *semiauxiliar*, en las unidades fraseológicas verbales carecemos del término correspondiente para designar el verbo flexionado que ha sufrido un proceso de lexicalización.
60. Además, otras unidades fraseológicas que presentan la secuencia *sacar a* tienen un significado similar: *sacar a colación* y *sacar a colada*.



En primer lugar, una alteración categorial de la pieza o de las piezas afectadas: el incremento de la capacidad referencial de las palabras afectadas por los procesos de lexicalización acostumbra a ir acompañado de una evolución hacia categorías gramaticales superiores, generalmente categorías léxicas, tanto básicas (sustantivos, adjetivos, verbos y adverbios), como secundarias (determinantes, pronombres, etc.).

Los procesos de lexicalización conducen de una categoría gramatical inferior a una superior y obedecen a la eliminación de los rasgos que identifican a una palabra como perteneciente a una categoría gramatical, al tiempo que se incrementa su semejanza con los miembros de otra categoría. Por tanto, el fenómeno es una *recategorización* de una categoría gramatical inferior a otra superior, pero este mecanismo no recibe una denominación específica, como ocurría en los procesos de gramaticalización. Nosotros proponemos el término *hipercategorización* para designar esa evolución hacia una categoría superior. En el caso de las unidades fraseológicas verbales la hipercategorización se muestra en la evolución del verbo usado como pleno a un verbo no pleno y formante de un predicado complejo, que sería el equivalente al verbo auxiliar o semiauxiliar de las perífrasis o semiperífrasis verbales.

Con la hipercategorización las palabras pierden su significado independiente del contexto y pasan a tener una función relativa a este o a alguna construcción local, lo que significa una transformación con claras implicaciones semánticas.

Como la descategorización, el fenómeno que hemos denominado *hipercategorización*, puede dar lugar a la aparición de formas "híbridas", las cuales presentan rasgos propios de dos categorías. La existencia de estas formas híbridas es la prueba de la gradación de la hipercategorización. En una perspectiva sincrónica, podemos observar, por ejemplo, el comportamiento de los verbos que integran colocaciones verbo-nominales (*dar un golpe, poner de manifiesto*, etc.). En ellas el lexema verbal sirve de soporte para mantener una estructura que responde a algún patrón sintáctico de la lengua. El sustantivo, que es la base de la colocación porque exige léxicamente el verbo, posee significado independiente; sin embargo, el verbo ha visto debilitado su significado. Este verbo, con significación por sí mismo en la sintaxis libre, cuando forma parte de una

colocación, se desemantiza. Entonces, el papel que desempeña el verbo es ser portador de las funciones gramaticales y sintácticas, atribuyendo a la colocación su carácter verbal. El verbo, al no poder concretar la acción de una manera precisa, mantiene un vínculo muy estrecho con el componente nominal, para formar con este último una unidad semántica y gramatical inseparable. De ahí que podamos decir que las colocaciones presentan una unión significativa bastante estrecha de sus componentes, como si el valor semántico de sus constituyentes se disolviera en el significado del conjunto entero, pero sin resultar opaco. Entre ambos elementos, verbo y sustantivo, se establece una relación de interdependencia. El verbo de las colocaciones no se comporta, pues, como un verbo en uso pleno, pero tampoco como un verbo cuyo significado es idiomático.

*En segundo lugar, el reanálisis puede provocar cambios en el alcance<sup>61</sup> de los elementos que se lexicalizan. Así, el alcance de un verbo usado en una unidad fraseológica es la oración a la que esta unidad fraseológica pertenece. Este verbo vincula sujeto y predicado de la oración, de la misma forma que lo hace la desinencia de un verbo pleno: a través de la concordancia en número. A medida que un elemento se lexicaliza puede intervenir en construcciones más complejas, lo que evidencia que la lexicalización y el alcance, con frecuencia, son directamente proporcionales.*

Cuando un morfema derivativo se adjunta a una base forma una palabra derivada, es decir, una unidad del nivel léxico. Ahora bien, cuando ese morfema derivativo se lexicaliza junto al elemento que fue su base se constituye como parte integrante del significante de la palabra, y esta es siempre base de expansiones sintácticas ulteriores, que son los sintagmas. Por tanto, en el primer caso se constituye una entidad morfológica, mientras que en el segundo caso se conforma una entidad básica para la sintaxis. Precisamente las unidades fraseológicas que experimentan un proceso de lexicalización pueden tener alguna referencia anafórica externa, puesto que todavía no constituyen unidades del nivel léxico. Veamos un ejemplo en el que es posible la pronominalización de uno de los constituyentes reanalizados en una unidad fraseológica verbal:

---

61. Recordemos que el alcance estructural se define como la complejidad de la construcción de la que una pieza lingüística forma parte (cf. Lehmann, 1982).

- (5) a.—*Voy a hacer como si no hubiera oído sus hirientes palabras. No quiero desenterrar el hacha de guerra.*
- Tienes razón. Es mejor no desenterrarla.*

En tercer lugar, el reanálisis produce modificaciones en la movilidad de las piezas afectadas por un proceso de lexicalización. Como sucedía con la gramaticalización, los elementos de la construcción lexicalizada restringen su libertad sintáctica. En concreto, en las unidades fraseológicas se establece un orden fijo entre sus integrantes, sin posibilidades de permutación. Recordemos que la fijación, en mayor o menor grado, constituye una característica fundamental de este tipo de unidades.

El estudio del nivel morfosintáctico en los procesos de lexicalización no estaría completo si no tuviésemos presente el fenómeno lingüístico denominado *coalescencia*, equivalente de la morfologización en los procesos de gramaticalización. La coalescencia o fusión de los constituyentes de la expresión que se lexicaliza en una sola palabra tiene como punto de partida la aparición continuada de ciertas estructuras sintácticas en un orden fijo y como punto de llegada la creación de un neologismo. Resulta ilustrativo observar en las siglas el mecanismo de la coalescencia. La sigla es la formación léxica obtenida mediante la yuxtaposición de iniciales de un enunciado o sintagma y cuya entidad es distinta de cada una de las palabras que la originan y a las cuales sustituye. Este procedimiento de formación de neologismos goza de una extraordinaria difusión. Algunas de las siglas, por su frecuencia de aparición en los medios de comunicación, han llegado a tener una entidad específica, lo que hace innecesario su desciframiento literal, ya que, aunque los hablantes lo ignoren, son identificadas con un determinado significado. Nos interesa observar, precisamente, los procesos de lexicalización que acaban sufriendo algunas siglas hasta convertirse en neologismos.

La coalescencia es síntoma de que se ha perdido totalmente la autonomía entre los componentes de la secuencia lexicalizada, de ahí que suela considerarse que no existe lexicalización total sin coalescencia.

Los estadios previos a la lexicalización total de una sigla son el paso de ser interpretadas a ser deletreadas o, más aún, pronunciadas de forma integrada si la construcción lo permite. Así, por ejemplo, de leer B.O.E. como “Boletín Oficial del Estado”, se lee “bóe”. El siguiente estadio se muestra al escribir con mayúscula inicial y minúscula el resto (*Unicef*). La lexicalización de la sigla se produce cuando desaparece en el usuario la conciencia del origen y de los componentes (*United Nations International Children’s Emergency Found [Fondo Internacional de las Naciones Unidas para la Ayuda a la Infancia]*). El último estadio se alcanza cuando la sigla se convierte y concibe como un término más del acervo léxico y se escribe en minúsculas: *sida, ecu, talgo*, etc. La lexicalización ha finalizado cuando estos elementos léxicos son la base para la formación de compuestos (*sidafofia*) o derivados (*peneuvista, ugetismo*<sup>62</sup>). Vemos, pues, cómo se puede apreciar en la lexicalización de las siglas las tres fases características de la coalescencia: la “clitización”, que conduce desde la yuxtaposición de los elementos hasta la dependencia acentual de uno o varios de ellos; la aglutinación, que consiste en que el elemento “clitizado” se convierte en parte integrante del significante; y, por último, *la fusión*, consistente en la pérdida de conciencia por parte del hablante de que existe un límite morfemático.

Las unidades fraseológicas —colocaciones y locuciones— verbales consituyen un ejemplo en el que no se llega a la fusión de los constituyentes lexicalizados (tercera y última fase de la coalescencia), pero en el que puede afirmarse que se encuentran en la fase de aglutinación, sin que se observen atisbos que permitan suponer la existencia de una tendencia a completar esa aglutinación. Por supuesto, no podemos dar por sentado que todas las unidades fraseológicas verbales se encuentren en la misma fase de lexicalización que implica la coalescencia; precisamente el grado de lexicalización diferencia las colocaciones de las locuciones, e incluso, en el seno de cada uno de estos tipos de unidades

---

62. Tanto *peneuvista* como *ugetismo* no figuran en la edición del *DRAE* de 1992.

fraseológicas, pueden establecerse grados distintos, tal y como vimos en el apartado 2.2.1.

Como hemos venido resaltando, los constituyentes de las unidades fraseológicas verbales forman una unidad gramatical, a pesar de que presentan una forma analítica. Las unidades fraseológicas verbales son combinaciones pluriverbales que significan en bloque y que pueden aparecer en los mismos contextos que un verbo simple. El hecho de que presenten una forma gráfica discontinua no influye en su consideración de unidades indivisibles ni, en consecuencia, en su consideración de categorías gramaticales. Los elementos que forman estas secuencias no poseen una sintaxis independiente. Si estas secuencias se equiparan a un elemento léxico como es el verbo, entonces al igual que este, son primitivos de la sintaxis, en cuanto que representan una categoría léxica (V) que es la base de una expansión sintáctica ulterior (SV).

Podemos tomar como ejemplo la unidad fraseológica verbal *echar a perder*, ‘estropear, en sentido material o figurado’ (DUE) con la finalidad de comprobar en qué grado de coalescencia se encuentra. Se observan las siguientes manifestaciones de tipo morfosintáctico:

1. El verbo *echar* ha sufrido una hipercategorización: ya no funciona como verbo pleno en enunciados como (5a), sino que su aportación se enmarca en el seno del predicado complejo.

(6) a. *Por culpa de su afición al juego echó a perder su vida.*

2. Esta hipercategorización va acompañada de un reanálisis, de una alteración en la estructura morfosintáctica de la construcción, pues la organización de los constituyentes se ha visto modificada, de tal forma que la relación entre los miembros de la construcción ya no es [ECHAR [A + INFINITIVO]], sino [ECHAR A + INFINITIVO]. Manifestaciones de la falta de autonomía entre los constituyentes son el hecho de que la inversión del orden de los constituyentes, como en (6a), sea imposible y el hecho de que la inserción de elementos, exceptuando los pronombres tónicos, sea imposible también, como demuestran (6b) y (6c).

(7) a. \**A perder echó su vida.*

b. *¿Por qué echó él a perder su vida?*

c. *La echó a perder por culpa de su afición al juego.*

De acuerdo con estos hechos, lo que antes eran dos constituyentes (verbo y sintagma preposicional) han acabado conformando una unidad semántica y sintáctica. Esto significa un incremento de la cohesión entre los miembros de la estructura lexicalizada y el consiguiente cambio en el tipo de relación gramatical que mantienen entre sí: el sintagma preposicional ya no es argumento del verbo, sino que forma, junto con el verbo, una nueva estructura con un significado propio.

La analogía también actúa en los estadios finales de la lexicalización, al permitir que la pieza o piezas afectadas por el proceso de lexicalización extienda su ámbito de uso y que aparezca en contextos sintácticos que antes le estaban vedados. Por tanto, la analogía favorece la consolidación de las unidades fraseológicas que siguen la estructura de patrones sintácticos ya establecidos en la lengua y favorece el mantenimiento, en algunos casos, tanto de la estructura no lexicalizada como de la estructura lexicalizada. En consecuencia, la lexicalización no sería posible sin la existencia de la analogía.

### 3.4.2.3. El nivel fonológico en los procesos de lexicalización

Las transformaciones fonológicas que acompañan a los procesos de lexicalización son de menor importancia que los cambios que tienen lugar en el nivel semántico y en el nivel morfosintáctico, puesto que, más que una causa, constituyen una consecuencia de la lexicalización.

Como en los procesos de gramaticalización, las propiedades más características, aunque no las únicas, de los procesos de lexicalización son la “clitización” y la erosión. En cuanto a la “clitización”, como indicábamos más arriba, este proceso consiste en la pérdida del acento de intensidad por parte de la voz lexicalizada, la cual pasa a depender del acento de alguna palabra contigua. Se

puede observar, en consecuencia, una relación entre el nivel fonológico y el nivel morfosintáctico de la construcción lexicalizada.

Por lo que respecta a la erosión o reducción del cuerpo fonético —que afecta no necesariamente a las expresiones que se lexicalizan—, esta suele manifestarse mediante la síncope, de modo que la forma lexicalizada pierde alguno de sus fonemas. A mayor grado de lexicalización, menor cuerpo fonético de la pieza o construcción afectadas.

En algunos términos que han sufrido procesos de lexicalización apreciamos singularidades de índole morfonológica. En concreto, los compuestos se pueden formar con temas, esto es, con semi-palabras de procedencia griega o latina no habilitadas para formar parte de construcciones sintagmáticas, puesto que son formas ligadas, no independientes. En la lengua española se han distinguido los temas del “tipo griego”, que forman compuestos aglutinados con la vocal /o/ (*fil-ó-sofo*) y los temas del “tipo latino”, que emplean la vocal /i/ en su composición (*plen-i-lunio*). Algunos compuestos presentan alomorfos especiales, como en *cabizbajo*, y se ajustan a las reglas de *sandhi*<sup>63</sup> interno, las cuales rigen en el interior de palabra pero no entre palabras. Por ejemplo, el archifonema /N/ se hace labiodental, [ɱ], en contacto con otra labiodental subsiguiente: *confiar* [komɸjár].

La lengua española tiende a eliminar marcas afijales en el interior de los términos que han completado su proceso de lexicalización, de manera casi obligatoria en aquellos casos en que el afijo en cuestión es portador de rasgos flexivos de género y número<sup>64</sup>:

- (8) a. *Estados Unidos* → *estado(s)unid(os) + ense* → *estadounidense*  
b. *eléctrico+doméstico* → *electr(ico)[o]doméstico* → *electrodoméstico*

---

63. Este término procedente del sánscrito designa el conjunto de modificaciones fonológicas producidas en el límite de sílabas y en el límite de palabras ocasionalmente unidas en el decurso hablado.

64. No obstante, encontramos casos de compuestos que conservan marcas flexivas de un nivel anterior al de la composición: *sordomuda*, *altavoz*, *cualesquiera*, etc.

c. *cantante + autor* → *cant(ante)autor* → *cantautor*

Por tanto, el compuesto suele recibir las marcas flexivas en su conjunto y la unidad fraseológica sólo en aquel constituyente al que corresponden por su categoría léxica:

- (9) a. *petirrojo* → \**petisrrojo/petirrojos*  
b. *plantar cara* → \**plantar carasy/plantando cara*

En algunos casos de composición se puede producir la supresión de varios fonemas, de modo que el primer elemento se convierte en “cuasi-prefijo”:

- (10) a.  *europeo + diputado* → *euro(peo)diputado* →  
*eurodiputado*

Y casos de haplología:

- (11) a. *trágico + comedia* → *tragi(co)comedia* → *tragicomedia*

Estos y otros procesos fonológicos los encontramos escasamente representados en el ámbito de las unidades fraseológicas verbales. En este sentido, estas unidades recuerdan a los compuestos cuya lexicalización no se ha completado, los cuales se ven afectados por la *condición del límite fuerte* o *condición del doble límite de palabra*. Este límite (##) bloquea los procesos semánticos y fonológicos de amalgama en los elementos de un compuesto, de tal forma que los compuestos que presentan doble límite de palabra no sufren distorsión semántica ni fonética:

- (12) a. *hispano + americano* → *hispanoamericano* → *hispano ## americano*

al contrario de lo que ocurre con los compuestos que presentan un proceso de lexicalización en diversos grados:

- (13) a. *claro + oscuro* → *claroscuro* → *clar(o) # oscuro*  
b. *para + aguas* → *paraguas* → *par(a) + aguas*

En (13a) el término *claroscuro* presenta límite de palabra (#). Este límite es propio de los compuestos en vías de lexicalización y permite la asimilación fonética



automática solamente con pérdida de la vocal /o/. Por otra parte, el significado conserva gran parte de su motivación.

En (13b), el compuesto *paraguas* presenta límite de morfema (+). Este límite es característico de los compuestos totalmente lexicalizados e implica la asimilación fonética con pérdida de la vocal /a/ y un significado poco motivado ('utensilio portátil para resguardarse de la lluvia' frente a 'detiene aguas (no necesariamente de la lluvia)', que sería el significado literal).

Por último, hemos de tener presente que los distintos procesos correspondientes a los diferentes niveles de análisis lingüístico están estrechamente relacionados entre sí.

A continuación y para finalizar este capítulo, tal como habíamos anunciado, pasamos a estudiar la influencia de los mecanismos metafóricos y metonímicos en el nivel semántico de los procesos de lexicalización y de gramaticalización.

#### 3.4.3. Motivación del significado en ambas construcciones: metáfora y metonimia

Según Lakoff (1987), la motivación semántica de ciertas expresiones lingüísticas reside en:

a) sistemas de creencias, donde se incluyen los mitos y la sabiduría popular sobre el reino animal o el mundo de los sentimientos básicos;

b) *figuras e imágenes convencionales, que son imprescindibles para la creación de nuevas expresiones de sentido figurado o para la interpretación de las ya existentes;*

c) transformaciones de los esquemas figurativos, motivados por experiencias visuales o cenestésicas<sup>65</sup>;

---

65. El término *cenestesia*, según el *DRAE* (1992), remite a la sensación general de la existencia y del estado del propio cuerpo, independiente de los sentidos externos, y resultante de la síntesis de las sensaciones, simultáneas y sin localizar, de los diferentes órganos y singularmente los abdominales y torácicos.

d) metáforas convencionales y sinestesias que dan origen a las expresiones de sentido figurado, y que son muy productivas en el uso activo de las lenguas;

e) relaciones de metonimia, que determinan la extensión semántica de muchas unidades léxicas.

Sin embargo, nosotros nos ceñiremos a las imágenes mentales, plasmadas en mecanismos metafóricos, especialmente, y en mecanismos metonímicos, las cuales proporcionan una explicación plausible en el momento de abordar la motivación del significado no literal que presentan expresiones que han experimentado un proceso de gramaticalización o un proceso de lexicalización; en concreto, la motivación del significado no literal que poseen perífrasis verbales y unidades fraseológicas verbales.

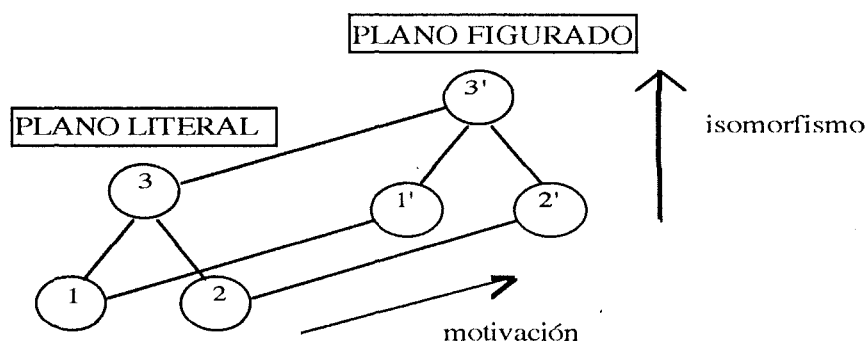
El significado figurado de ambos tipos de secuencias se manifiesta bajo dos formas: una desmotivación obligatoria, que es la pérdida en diferentes grados del significado literal y una remotivación facultativa complementaria, que guarda ciertas reminiscencias con el significado literal y que tiene en cuenta mecanismos pragmáticos específicos, como la convencionalización de implicaturas conversacionales, las cuales fijan valores dependientes del contexto en elementos lingüísticos. Debido a la existencia de estas dos facetas, hablamos de un cambio semántico y no de un empobrecimiento semántico en las unidades complejas estudiadas.

Desde Lakoff (1987) el concepto de *motivación* incluye los principios que explican por qué una expresión lingüística determinada significa lo que significa. El concepto ha sido explícitamente introducido como una alternativa a la noción más tradicional de *predictibilidad*: incluso los significados que no son completamente predecibles, pueden ser motivados.

A partir de la década de los años 80, con la aparición y posterior difusión de la lingüística cognitiva, la concepción de la metáfora y la metonimia varía: ambas dejan de concebirse como figuras estilísticas merecedoras de un análisis por parte de la Retórica y han pasado a ser consideradas procedimientos mentales indispensables en nuestra forma de conceptualizar el mundo que se hallan

especialmente presentes en el lenguaje cotidiano (cf. Lakoff—Johnson, 1980; Lakoff, 1987).

Geeraerts (1995), al estudiar la especialización semántica que presentan las expresiones idiomáticas<sup>66</sup> en holandés, proporciona una perspectiva muy clarificadora del papel que desempeña la motivación en la interpretación de estas unidades. Teniendo en cuenta los parámetros del isomorfismo y de la motivación, realiza una clasificación cuatripartita de estas expresiones. En primer lugar, deberemos definir el valor de estos parámetros. Por *isomorfismo* (dimensión vertical en el gráfico) Geeraerts entiende la transparencia en la relación biunívoca existente entre la interpretación de los constituyentes de la expresión y la interpretación global de la expresión, tanto en el plano literal como en el plano figurado. El isomorfismo equivaldría a la composicionalidad, pero en sentido neutro, estático. Por *motivación* (dimensión horizontal en el gráfico) entiende la transparencia en la relación entre el significado literal y el significado figurado, considerando tanto la expresión global como los distintos constituyentes. De Geeraerts (1995: 47) es el siguiente gráfico, en el que introducimos alguna modificación leve, para reflejar el funcionamiento de estos dos parámetros:



1, 2, 1' y 2': constituyentes de la expresión  
3 y 3': expresión global

66. Desde el principio de su trabajo, deja de lado aquellas expresiones que presentan un valor pragmático-discursivo.

En segundo lugar, reproducimos la taxonomía que proporciona Geeraerts (1995) y añadimos un ejemplo ilustrativo de unidad fraseológica verbal perteneciente a la lengua española en cada tipo:

1. Isomorfismo y motivación: *coger el toro por los cuernos* '(inf.) decidirse sin rodeos por algo, adoptar una resolución enérgica' (DFEM).

2. Isomorfismo sin motivación: *quemar las naves* '(f.) tomar una decisión extrema e irrevocable' (DFEM).

3. Motivación sin isomorfismo: *colgar los hábitos* '(f.) abandonar una profesión (especialmente la eclesiástica)' (DFEM).

4. Ni isomorfismo ni motivación: *ponerle el cascabel al gato* '(inf.) atreverse a hacer algo arriesgado o difícil' (DFEM).

Tanto el isomorfismo como la motivación son valores graduales, pero en la clasificación se presentan como valores absolutos para simplificar. De acuerdo con la propuesta de Geeraerts, la tipología progresa en una escala de dificultad interpretativa, ya que, por un lado la ausencia de isomorfismo entre el significado literal y el figurado, y, por otro, la falta de motivación son factores de especialización semántica que dificultan la interpretación.

Por último, hemos de añadir que la regularidad en el conocimiento que tienen los hablantes de imágenes convencionales es debido a que ciertas imágenes conceptuales motivan los significados figurados que presentan algunas expresiones lingüísticas.

#### 3.4.3.1. La lexicalización y la metáfora

En la perspectiva de la lingüística cognitiva, la metáfora se concibe como un proceso mental específico que permite entender unos aspectos de la experiencia, generalmente abstractos e intangibles, en términos de otros, que suelen ser más familiares y concretos, mediante la proyección de estos sobre aquellos. Según Lakoff—Johnson (1980), los mecanismos que rigen los procesos metafóricos no

residen en el propio lenguaje, sino que hay que buscar en nuestro sistema conceptual, el cual, a su vez, está profundamente impregnado por los rasgos característicos de nuestra cultura.

Las metáforas como expresiones lingüísticas son posibles porque son metáforas en el sistema conceptual de los hablantes. La estructuración metafórica presenta dos características fundamentales:

a) en primer lugar, la estructuración metafórica es parcial. Si fuera total, un concepto sería en realidad otro, no meramente entendido en términos de otro. De aquí que se hable de proyecciones entre distintas áreas de la experiencia o, mejor dicho, entre distintos *dominios*<sup>67</sup>;

b) en segundo lugar, la estructuración metafórica es sistemática. Es decir, los conceptos metafóricos, en general, no son fortuitos o arbitrarios y, por ello, no deben ser tratados como ejemplos aislados. En consecuencia, los conceptos metafóricos siguen unos modelos, forman parte de metáforas globales, denominadas *metáforas conceptuales*. Estas nos permiten abordar el estudio conjunto de diversas expresiones metafóricas. Así, por ejemplo, EL TIEMPO ES DINERO es un concepto metafórico que se refleja en expresiones como las que aparecen a continuación: *perder/ganar/sobrar/dedicar/invertir/tener/disponer de, etc. tiempo.*

En la lengua coexisten, para un mismo ámbito, muy distintos estadios de cristalización de una metáfora; sin embargo, tres son las fases que se suelen distinguir en la existencia de una metáfora: las metáforas “creativas” o “nuevas”, es decir, metáforas de reciente creación; las metáforas “semilexicalizadas”, capaces de generar redes metafóricas estructuradas; y, por último, las metáforas “muertas”<sup>68</sup>, “fósiles” o lexicalizadas, esto es, las catacresis. El empleo frecuente de estas últimas provoca que ya no se sientan como tales metáforas, ya que han

---

67. Un dominio cognitivo es un modelo mental que recoge el conocimiento enciclopédico que un hablante tiene de un área determinada de la experiencia.

68. Searle (1993) define la *metáfora muerta* de la siguiente manera: “The original sentence meaning is bypassed and the sentence acquires a new literal meaning identical with the former metaphorical utterance meaning. This is a shift from the metaphorical utterance (...) to the literal utterance, (...)” (Searle, 1993: 110)

perdido buena parte de su poder evocador. Si existen metáforas “muertas” es porque en otra época tuvieron gran vitalidad. El paso de una fase a otra pone de manifiesto la gran vitalidad de un concepto metafórico a lo largo del tiempo y la gradación existente:

“Although I shall talk as though all metaphors were the same, there is, in fact, a continuum. At one end there is what might be called the live metaphor, at the other end the dead metaphor. The latter is simply an idiom, which was once a live metaphor, but which is now to be treated as a conventionalized form in the language.” (Fraser, 1993: 330).

Lakoff—Johnson (1980) consideran importante distinguir entre dos tipos de expresiones metafóricas fijadas convencionalmente al léxico de nuestra lengua; dejan de lado, por tanto, las metáforas de reciente creación:

“Cada una de las expresiones metafóricas de las que hemos hablado hasta ahora (ejemplo, ‘*vendrá un tiempo...*’, ‘*construimos una teoría*’, ‘*atacamos una idea...*’) se usa dentro de un sistema global de conceptos metafóricos —conceptos que usamos constantemente cuando vivimos y pensamos. Estas expresiones, como todas las demás palabras y expresiones lexicalizadas de nuestro lenguaje, se fijan por convención. Además de estos casos, hay expresiones metafóricas idiosincráticas (*sic*), que se mantienen solas, y no se usan de manera sistemática en nuestro lenguaje o nuestro pensamiento. Son expresiones bien conocidas como ‘el pie de la montaña’, ‘una cabeza de ajos’ (...). Si alguna expresión metafórica merece ser llamada ‘muerta’ son éstas [últimas] aunque conserven una pequeña chispa de vida puesto que se entienden parcialmente en términos de conceptos metafóricos marginales (...)” (Lakoff—Johnson, 1980: 94-95).

Así, por un lado, tenemos las metáforas lexicalizadas sistemáticas y, por otro lado, tenemos las metáforas lexicalizadas que son casos idiosincrásicos, aislados y no sistemáticos. No obstante, no todas las metáforas lexicalizadas poseen las mismas características. Existen conjuntos de expresiones lexicalizadas que están también coherentemente estructurados por un concepto metafórico único. Así, *estar la suerte en contra*, *jugar bien las cartas*, *probar fortuna...* son ejemplos de la metáfora LA VIDA ES UN JUEGO que característicamente se utilizan para hablar de la vida y no de situaciones del juego. Estas expresiones son consideradas formas normales del lenguaje cotidiano, no secuencias metafóricas. Sin embargo, la manera de hablar, concebir e incluso experimentar la situación está estructurada metafóricamente. Ello significa que nuevas expresiones metafóricas se pueden

acuñar siguiendo el concepto metafórico de LA VIDA ES UN JUEGO, aunque en la actualidad no se muestre especialmente productivo.

Expresiones como *perder el tiempo* o *atacar posiciones* son reflejo de conceptos metafóricos que estructuran nuestras acciones y nuestros pensamientos e interaccionan con otras metáforas, desempeñando un papel importante en nuestro sistema conceptual. El hecho de que estén fijadas convencionalmente al léxico no las hace menos vivas.

En la raíz de los mecanismos metafóricos hallamos operaciones de *isomorfismo*<sup>69</sup> parcial, como son la abstracción y la comparación. En definitiva, el usuario de la lengua tiene la capacidad de ampliar el sistema mediante principios, motivados pero impredecibles, de abstracción y comparación. La lexicalización por medio de la extensión metafórica constituye un proceso normal en el uso cotidiano de la lengua que sólo puede explicarse a base de estrategias, y no de reglas.

En contra de las teorías tradicionales sobre la idiomática —proporcionadas, entre otros, por Chafe (1968), Fraser (1970), Weinrich (1969)—, que asumen que las unidades fraseológicas idiomáticas en la actualidad existen como metáforas “muertas” cuyo significado figurado aparece especificado en el lexicon, el propósito de Gibbs—O’Brien (1990) es demostrar que los significados figurados de los *idioms* están parcialmente motivados y no son completamente arbitrarios. La hipótesis barajada es que los significados de muchas unidades fraseológicas idiomáticas (no de todas) están parcialmente motivados por imágenes convencionales y metáforas conceptuales que proyectan información de un dominio a otro, desde el dominio de partida hasta el dominio de llegada.

La comprensión que realizan los hablantes de las imágenes mentales que proporcionan los fraseologismos idiomáticos está notablemente restringida por las proyecciones conceptuales entre el dominio de salida y el dominio de llegada. Por ejemplo, las imágenes asociadas con  *echar leña al fuego*  (‘contribuir de cualquier manera a que aumente el enfado de alguien o se agrave una discordia’, *DUE*) están

---

69. El concepto *isomorfismo* designa el reconocimiento de un conjunto de relaciones comunes en el seno de entidades diferentes.

motivadas por la metáfora ENFADARSE ES ACALORARSE, metáfora compleja que se encuentra estructurada de la siguiente forma:

LA MENTE HUMANA ES UN RECIPIENTE

EL ENFADO ES UN FLUIDO CALENTADO EN UN RECIPIENTE CERRADO

La mayoría de las imágenes convencionales para  *echar leña al fuego*  muestra que el recipiente tiene las dimensiones de una cabeza humana o, más específicamente, de la mente humana, y que una persona enfadada reacciona de forma similar a un fluido que es sometido a un aumento de temperatura. Esquemáticamente:

*dominio de salida*

RECIPIENTE

FLUIDO CALENTADO

*dominio de llegada*

MENTE HUMANA

ENFADO

La proyección metafórica por la cual un área de la experiencia se entiende en términos de otra supone establecer una serie de correspondencias entre las entidades que configuran ambos dominios. En nuestro ejemplo, la causa de que un recipiente cerrado explote es la presión interna debida al incremento de la temperatura del fluido en el interior del recipiente. Esta explosión no es intencionada porque los recipientes y los fluidos no son entidades agentivas por sí mismas. Además esta explosión ocurre de una manera violenta. A partir de aquí, los hablantes infieren que la causa del enfado es la presión interna, que la expresión del enfado no es deliberada y que se lleva a cabo de forma violenta.

Así, el conocimiento de estas imágenes proporciona un vínculo entre el fraseologismo  *echar leña al fuego*  y su significado. Este significado no es casual, debido a que la comprensión tácita de las proyecciones metafóricas entre el dominio de salida y el de llegada motiva que este fraseologismo signifique lo que significa. Al echar leña a un fuego, este se aviva de la misma forma que con la intervención desafortunada de una persona se agrava una discordia. En palabras de Gibbs (1993):





“Although it is often assumed that idioms are ‘dead’ metaphors, it may very well be that people make sense of idioms because they tacitly recognize the metaphorical mapping between two conceptual domains of information that partially explains why idioms mean what they do.” (Gibbs, 1993: 272).

Ello explicaría el hecho de que fraseologismos con estructura formal distinta tuvieran significados muy similares, ya que estos compartirían una misma metáfora conceptual y explicaría la existencia de una semejanza y una regularidad en las imágenes mentales que diferentes hablantes asocian a un mismo fraseologismo. Estas imágenes mentales son de naturaleza dinámica: los eventos tienen unas causas y unas consecuencias, una cierta intencionalidad, una manera de producirse... En concreto, la metáfora ENFADARSE ES ACALORARSE se refleja en colocaciones como *debate acalorado*, *caldearse el ambiente*, *calentarse los ánimos...* y en locuciones del tipo *a sangre caliente*, *subírsele a alguien la sangre a la cabeza*,  *echar fuego por los ojos*,  *echar chispas*,  *atizar el fuego*, etc. En sus investigaciones, Gibbs, O’Brien y sus colaboradores siempre estudian los *idioms* y las metáforas conceptuales vinculadas a ellos; nosotros creemos que ese vínculo también ha de hacerse extensible, al menos, a las colocaciones que presentan base metafórica, puesto que los conceptos metafóricos siguen unos modelos, forman parte de metáforas globales, independientemente de si en el nivel léxico se reflejan como expresiones idiomáticas o como colocaciones.

La interacción entre los dos dominios conceptuales es unidireccional: un dominio (‘agravar una discordia’) es estructurado en términos del otro ( *echar leña al fuego*). Esta proyección unidireccional tiene lugar en todos los fraseologismos estudiados.

La combinación del significado literal y del significado figurado es claramente insuficiente por sí sola para limitar las imágenes mentales de los hablantes a aquellas que son adecuadas para las expresiones fraseológicas. Como ya hemos mencionado, los significados de las palabras polisémicas están relacionados entre sí en términos de parecido familiar y la mayoría de los significados de las palabras polisémicas está motivada por una proyección metafórica de conocimiento de un dominio a otro.

El hecho de que las imágenes mentales para algunos fraseologismos estén restringidas por metáforas conceptuales no implica que los significados de estos deban ser previsibles o predecibles, sino que los significados pueden ser motivados de forma que los hablantes les encuentren sentido. Para Gibbs y O'Brien (1990), estas intuiciones de que una expresión idiomática tiene sentido están basadas en la existencia de metáforas conceptuales.

Si una unidad fraseológica presenta una estructura formal y no otra, es debido al uso convencional de la lengua; este hecho es, en definitiva, un fenómeno que pertenece al nivel léxico y no al nivel conceptual. Además, algunas unidades fraseológicas no están motivadas por metáforas conceptuales y, por ello, los hablantes tienen imágenes mentales que son mucho más variadas e incluso no totalmente bien formadas acerca de ellas. La coherencia entre los significados de diferentes fraseologismos con similares interpretaciones figurativas proviene de la influencia de las metáforas conceptuales, las cuales, simultáneamente, facilitan y restringen el vínculo entre el fraseologismo y su significado figurado.

En la actualidad, podemos afirmar que los fundamentos cognitivistas constituyen un marco teórico útil para el análisis de la motivación metafórica en la interpretación de un número considerable de unidades fraseológicas (cf. Geeraerts, 1995; Hilferty, 1995; Saldanya—Salvador, 1995). Por otra parte, el contexto histórico, social y cultural en el que se halla inmersa una comunidad lingüística desempeña un papel nada desdeñable en el estudio de los orígenes de las expresiones metafóricas. Ya Marsá (1972) hablaba de “catálisis<sup>70</sup> cultural” en los procesos semánticos al considerar la influencia del contexto cultural en las posibilidades de la lengua y, como consecuencia, en la ampliación o cambio de significado de las unidades léxicas:

“En las zonas específicas de la lengua, más sensibles a la influencia cultural, se acuñan signos de validez restringida a su propio ámbito específico, de aquí puede (*sic*) pasar —por vía metafórica— al curso de la lengua común, con un significado exento de impregnación específica.” (Marsá, 1972: 91).

---

70. El término de *catálisis* es empleado con un sentido paralelo al que posee en el ámbito de la química: ‘transformación motivada por un elemento ajeno, el cual, tras la reacción, permanece inalterado’.

Una circunstancia cultural específica a la que se le atribuye una acción catalítica o catalizadora<sup>71</sup> determina la asociación entre varios lexemas (con o sin un significado específico por separado). En una fase posterior, esa circunstancia cultural deja de actuar, lo que favorece la acción de la metáfora y el asentamiento del nuevo significado. La circunstancia cultural puede dejar de actuar por diversos motivos, entre ellos, porque ella misma haya desaparecido. Cuando resulta imposible la identificación de la circunstancia cultural que ha desencadenado todo el proceso se produce la toma de conciencia de la desmotivación de la asociación entre varios lexemas.

Más frecuentemente de lo que a primera vista pudiera parecer, la imagen que motiva el significado figurado de una expresión es un aspecto de la cultura material o inmaterial de una comunidad lingüística, de manera que, cuando algún aspecto cultural cambia, la motivación de una determinada imagen puede perder fuerza e, incluso, puede llegar a perderse. De aquí que podamos afirmar que la naturaleza motivada de una expresión está sometida a una variación individual considerable; es decir, son manifiestas las diferencias interpersonales en cuanto al grado de conocimiento del contexto cultural motivador o en cuanto al grado de familiaridad con él. Sin embargo, eso no quiere decir que un amplio conocimiento enciclopédico garantice averiguar o recuperar la motivación que se encuentra tras una expresión lingüística; de hecho, en muchas ocasiones los etimólogos no se ponen de acuerdo sobre el origen de una expresión.

Como sabemos, la evolución de las lenguas reviste mayor rapidez en el nivel léxico que en los restantes. Al ser el léxico reflejo de la experiencia extralingüística, las transformaciones que afectan a la sociedad desde el punto de vista técnico, económico, ideológico... se plasman inmediatamente en nuevos términos para cubrir la necesidad de comunicación sobre las nuevas realidades. Al mismo tiempo se pierden o cambian de significado términos que designaban objetos, relaciones, conceptos, etc., los cuales han caído en desuso. Por tanto, la pérdida o el

---

71. Determinados sectores de la cultura presentan propensión catalítica, como la tauromaquia (*cortarse la coleta, saltarse a la torera, tirarse al ruedo, echar un capote, estar al quite...*), la parcela de los juegos (*tocarle [a alguien] la china, sacar [a alguien] de sus casillas, no dar pie con bola...*), la gastronomía (*llegar a las aceitunas...*), etc.

debilitamiento de la motivación de una expresión suele ser el resultado de los cambios producidos en el mundo que rodea a los hablantes.

Hemos visto que, para determinar la motivación de una determinada secuencia que experimenta un proceso de lexicalización, resulta de gran utilidad acudir al marco teórico de la lingüística cognitiva, al tratar esta la semántica en términos de conceptualización, interpretación y estructuras de conocimiento subyacentes. No obstante, no debemos perder de vista que los diferentes expertos en la historia de la lengua (etnolingüistas, etimólogos, etc.) realizan una tarea nada despreciable al determinar los orígenes extralingüísticos de esa secuencia. Si no fuera así, ¿cómo podrían decidir los partidarios de la lingüística cognitiva si en la base de una expresión lingüística se encuentra un proceso metafórico, uno metonímico, la combinación de ambos o un mecanismo de distinta naturaleza?

Los etimólogos, como investigadores profesionales de la motivación, no pueden ofrecernos excesivos datos sobre las “etimologías populares” que los hablantes atribuyen a ciertas unidades fraseológicas. En este sentido, son más reveladoras las investigaciones psicolingüísticas del tipo que presenta Gibbs (1990)<sup>72</sup>, las cuales muestran que las imágenes motivadoras de las expresiones idiomáticas son psicológicamente reales. Por otra parte, hemos de tener en cuenta que, gracias al estudio de la motivación, podemos obtener evidencias de que algunos fraseologismos con el paso del tiempo han sufrido reinterpretaciones por parte de la comunidad lingüística, las cuales se apartan del significado idiomático originario; de ahí que la investigación de la motivación pueda contribuir a dilucidar cambios de significado idiomático. Tal y como afirma Salvador:

“L’estudi de la reinterpretació dels idiomatismes haurà de tenir en compte, (...), fenòmens com són la toponímia i antroponímia, la semantització dels noms propis per mitjà de l’antonomàsia, les referències folklòriques en desuetud, els arcaïsmes obsolets o, també, les expressions on participen en algun grau, a vegades sobre una base etimològica, jocs fònics com el de la paronomasia o el de la rima (...)” (Geeraerts, 1995: 62-63, nota de Vicent Salvador a la traducció catalana).

---

72. Sus investigaciones psicolingüísticas van encaminadas a demostrar la base conceptual de la idiomaticidad y se basan en las intuiciones de los hablantes.

En definitiva, creemos que unos y otros estudiosos han de aunar esfuerzos, puesto que sus cometidos son complementarios y perfectamente compatibles.

### 3.4.3.2. La lexicalización y la metonimia

La metonimia<sup>73</sup> consiste en una asociación conceptual de carácter fundamentalmente objetivo por la que se alude a una entidad con el propósito de referirse a otra que pertenece a su mismo dominio cognitivo. Es decir, se nombra una entidad para referirse a otra que está relacionada con ella: ambas entidades presentan una cierta contigüidad en el dominio de nuestra experiencia.

Las principales funciones que desempeña la metonimia son dos. En primer lugar, realiza una función referencial al permitir que los hablantes utilicen una entidad en lugar de otra; en segundo lugar, al igual que la metáfora, facilita la comprensión.

Como sucedía con los conceptos metafóricos, los conceptos metonímicos son sistemáticos. Veamos a continuación algunos ejemplos propios de nuestra cultura<sup>74</sup>:

- EL CONTINENTE POR EL CONTENIDO: *beber una copa*
- LA MATERIA POR EL OBJETO: *una pintura*
- EL INSTRUMENTO POR EL AGENTE: *el corneta*
- LA PRENDA DE VESTIR POR EL USUARIO: *los boinas verdes*
- EL AUTOR POR LA OBRA: *un Velázquez*
- EL ORIGEN POR EL PRODUCTO: *el rioja*
- EL SÍMBOLO POR LO REPRESENTADO: *traicionar la bandera*

---

73. Incluimos como un caso especial de metonimia lo que los retóricos tradicionales han denominado *sinécdoque*, en la cual se toma LA PARTE POR EL TODO.

74. Para ampliar el inventario de conceptos metonímicos y de expresiones asociadas a ellos, puede consultarse Lakoff—Johnson (1980: 73-78).

- LA INSTITUCIÓN POR LA GENTE RESPONSABLE: *el gobierno no responde ante la crisis*
- LA PARTE POR EL TODO: *cabezas de ganado, etc.*

Los conceptos metonímicos también se fundamentan en nuestra experiencia. En realidad, la base de los conceptos metonímicos es, generalmente, más obvia que en el caso de los conceptos metafóricos, ya que suelen conllevar asociaciones directas físicas o causales. Un ejemplo de metonimia de LA PARTE POR EL TODO lo tenemos en el empleo de la locución *poner pies en polvorosa* '(inf.) escapar/huir a toda prisa' (DFEM)<sup>75</sup>. De todos es sabido que el que huye precipitadamente por un camino de tierra levanta más o menos polvareda. Por tanto, aquí apreciamos una idea de secuencia temporal, es decir, un antes y un después: toda consecuencia es posterior a su causa; de forma que no es de extrañar que al matiz de posterioridad se añada el significado consecutivo inferido. Utilizar *poner pies en polvorosa* en vez de *huir precipitadamente* supone un proceso metonímico por el que nos referimos al dominio entero (la consecuencia) a partir de uno de sus constituyentes (la posterioridad temporal característica de las relaciones consecutivas).

#### 3.4.3.3. La gramaticalización y los procesos metafóricos y metonímicos

Hasta el momento hemos considerado que la metáfora y la metonimia eran dos procesos cognitivos perfectamente delimitados. Sin embargo, no siempre resulta sencillo desligar una de otra. Esta dificultad obedece a que muchas metáforas tienen una base metonímica (cf. Lakoff—Johnson (1980) y Lakoff (1987)).

Hemos visto, al hablar del nivel semántico en los procesos de gramaticalización (apartado 3.4.1.1), que el paso de un significado a otro se realiza de forma gradual. En consecuencia, entre el significado original y el final pueden observarse valores intermedios que, en muchos casos, se solapan. De ahí que toda la evolución, en términos diacrónicos, o toda la gradación, en términos sincrónicos,

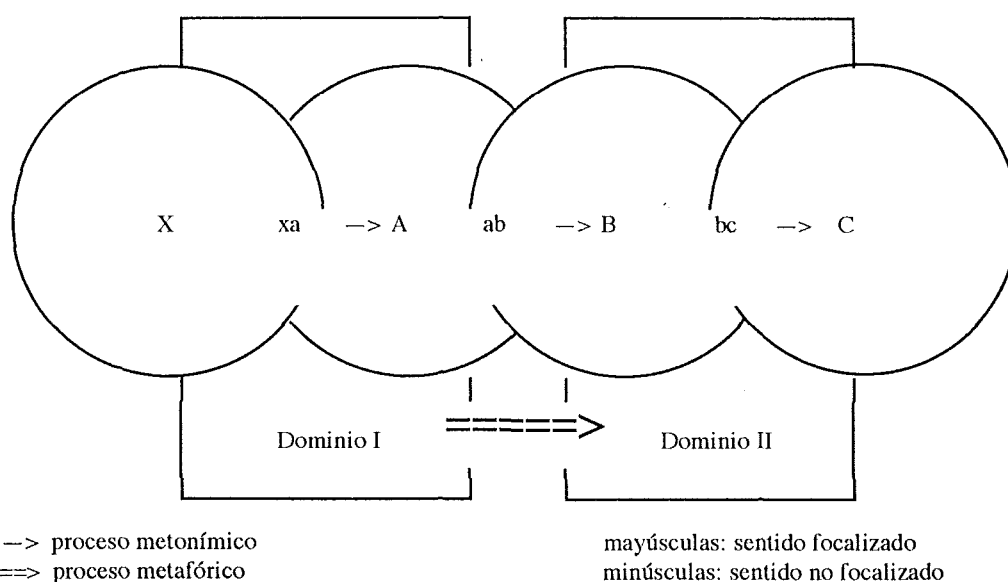
---

75. Según Iribarren (1954 [1994]), existen varias explicaciones de esta expresión, la cual aparece ya en el *Quijote* (parte 1ª, cap. 21). En su opinión, la más acertada es la que funda la existencia del vocablo *polvorosa* en el habla de germanía, con el significado de 'calle, senda'.

puede ser representada como una *cadena de gramaticalización* (cf. Heine *et al.* 1991), en la que se pasa de un valor o eslabón a otro de forma continuada:

“Una anàlisi del canvi metafòric (...) podria suggerir que aquest tipus de processos de gramaticalització i d’extensió semàntica es produïxen de manera catastròfica i no d’una manera progressiva i lineal. Res més allunyat de la realitat. De manera general, tot procés d’extensió semàntica des d’un significat A fins a un significat B pressuposa normalment un estadi inintermedi en el qual l’element lèxic manté com a valor bàsic el significat A però comença a desenvolupar en determinats contextos discursius el valor derivat B, que mitjançant un procés de convencionalització acabarà independitzant-se, tot mantenint sovint en altres contextos el seu sentit originari i provocant, així, fenòmens de polisèmia: A > A (->B) > B” (Pérez Saldanya—Salvador, 1995: 90).

En un proceso de gramaticalización en el que intervienen procesos metafóricos y metonímicos, ciertos sentidos o valores aparecen como no focalizados en determinados contextos, mientras en otros contextos se convierten en sentidos focalizados, esto es, pasan a ocupar un primer plano en la interpretación de la secuencia. De esta forma, si dos sentidos están muy próximos entre sí, el proceso metonímico puede dar cuenta de forma más apropiada de la relación; por el contrario, si los sentidos están más alejados entre sí y pertenecen a dominios distintos, es más plausible un análisis en términos metafóricos. El esquema del doble proceso figurativo que tiene lugar en determinadas gramaticalizaciones, según Heine *et al.* (1991), sería el siguiente:



Un ejemplo de la relación entre metáfora y metonimia lo tenemos en la gramaticalización de “*venir a + infinitivo*”<sup>76</sup>. Trasladamos aquí los ejemplos utilizados en el apartado 3.4.1.1:

- (14) a. *Vino a casa.*  
b. *Vino a casa a explicar sus aventuras.*  
c. *Aquel suceso vino a turbar nuestra tranquilidad. (DUE, p. 1371)*  
d. *Vino a dar con sus huesos en la cárcel. (DUE, p. 1371)*  
e. *Viene a tener la misma edad que yo. (DUE, p. 1371)*

Si tenemos en cuenta que, antes de que esta construcción adquiriera un valor aproximativo (14e), “*venir a + infinitivo*” presentaba un valor espacial (14b), el paso de un significado a otro puede explicarse en función de una metáfora según la cual la aproximación se conceptualiza en términos espaciales. Pensemos, por ejemplo, que la aproximación más básica es la aproximación física. No obstante, sólo si tomamos aislados el significado de partida y el de llegada podemos explicar esta transformación en términos metafóricos. Sin duda, la metonimia ha jugado un papel determinante en el paso de un valor intermedio a otro. Como sabemos, el punto de partida de esta construcción está en el significado más prototípico o central de *venir*: el valor de desplazamiento (14a-b). En (14b), además del sentido de desplazamiento, existe implícita una noción de finalidad: todo movimiento desde un lugar tiene una finalidad más o menos declarada, que se hace explícita precisamente en este caso. En un paso más de este proceso de gramaticalización se llega a enunciados en los que se elimina la referencia explícita de un origen físico, por haberse mencionado antes, o por ser inferible del contexto situacional.

La consecución de la finalidad supone no sólo un matiz perfectivo (la acción destinada a conseguir la finalidad ha terminado), sino también el logro de una situación nueva y este es el sentido efectivo que tiene en (14c). A medida que se eliminan los valores espaciales y se refuerzan los de finalidad, el sentido efectivo

---

76. Esta construcción pierde su carácter perifrástico cuando se utiliza en los tiempos compuestos.



cobra mayor importancia. La noción de sentido efectivo es, pues, fundamental para explicar el valor final de esta construcción.

De nuestra exposición se deduce que el significado de aproximación en “*venir + infinitivo*” está ya presente como una tendencia en el significado espacial originario de la secuencia. En efecto, el dominio cognitivo relacionado con la idea de movimiento en el espacio para realizar una acción lleva asociada la noción de aproximación. En (14d) al valor efectivo, se le añade un matiz de acción fortuita, inesperada, ya que se ha alcanzado una situación nueva. A partir de ese significado de casualidad es posible la expresión de la incertidumbre que aparece en (14e). Como se puede apreciar, existe una cadena metonímica del tipo EL TODO POR LA PARTE que conduce a la metáfora.

En un principio estas metonimias consistirían en implicaturas conversacionales, es decir, solo en determinados contextos podían deducirse los distintos valores. A partir del siglo XV, cuando se constituye plenamente la perífrasis, según Yllera (1980), el valor aproximativo acabó convencionalizándose; esto es, dejó de constituir un significado inferible y pasó a formar parte de la estructura semántica de la construcción.

En suma, la polisemia de la perífrasis “*venir a + infinitivo*” es fruto, por una parte, de la acción de un proceso metafórico por el que la aproximación se entiende en términos espaciales y, por otra parte, de la intervención de un proceso metonímico múltiple que significa emplear expresiones asociadas a la noción de finalidad para referirse a uno solo de los sentidos que conforman este concepto: el logro de una situación nueva.

#### 4. COTEJO ENTRE PERÍFRASIS VERBALES DE INFINITIVO CON ENLACE Y LOCUCIONES VERBALES DE INFINITIVO

Seguidamente establecemos la enumeración de las secuencias que consideramos en un sentido estricto, por un lado, perífrasis de infinitivo con enlace y , por otro, locuciones verbales de infinitivo. En ninguno de los dos casos se trata de inventarios completamente cerrados.

##### *PERÍFRASIS DE INFINITIVO CON ENLACE*

ACABAR DE + **infinitivo**  
ACABAR POR + **infinitivo**  
CESAR DE + **infinitivo**  
COMENZAR A + **infinitivo**  
DEBER DE + **infinitivo**  
DEJAR DE + **infinitivo**  
EMPEZAR A + **infinitivo**  
ESTAR POR + **infinitivo**  
HABER DE + **infinitivo**  
HABER QUE + **infinitivo**  
IR A + **infinitivo**  
LLEGAR A + **infinitivo**  
PONERSE A + **infinitivo**  
TENER QUE + **infinitivo**  
TERMINAR DE + **infinitivo**  
TERMINAR POR + **infinitivo**  
VENIR A + **infinitivo**  
VOLVER A + **infinitivo**

##### *LOCUCIONES VERBALES DE INFINITIVO*

ECHAR A PERDER  
ECHAR A RODAR  
ECHAR DE VER  
ESTAR A RABIA  
ESTAR POR VER(SE)  
HACERSE DE ROGAR  
IR A PARAR  
PONER A PARIR  
SACAR A RELUCIR  
TIRAR A MATAR  
TRAER A MALTRAER  
VENIR A PARAR  
VOLVER A NACER

#### 4.1. Similitudes

A continuación nos proponemos poner de manifiesto la existencia de características comunes a perífrasis verbales de infinitivo con enlace y locuciones verbales de infinitivo. Algunas de estas características no sólo son propias de las secuencias que poseen la estructura formal “verbo en forma flexionada + enlace +